

Francisco Cândido Xavier

por el Espíritu Emmanuel

Pensamiento y Vida



PENSAMIENTO Y VIDA

Francisco Cândido Xavier

PENSAMIENTO Y VIDA

DICTADO POR EL ESPÍRITU EMMANUEL

TRADUCCIÓN AL CASTELLANO DE MARTA GAZZANIGA



CONSELHO ESPÍRITA INTERNACIONAL

SGAN AV L2 NORTE - 603 - CONJ. F
70.830-030 — Asa Norte — Brasília-DF — Brasil

ÍNDICE

<i>A Guisa de Prólogo</i>	7
Pensamiento y Vida	9
1 – El Espejo de la Vida	11
2 – Voluntad	15
3 – Cooperación	19
4 – Instrucción	23
5 – Educación	27
6 – Fe	31
7 – Trabajo	35
8 – Asociación	39
9 – Sugestión	43
10 – Comprensión	47
11 – Cuna	51
12 – Familia	55
13 – Hijos	59
14 – Cuerpo	63
15 – Salud	67
16 – Vocación	71
17 – Profesión	75
18 – Sociedad	79
19 – Prosperidad	83
20 – Hábito	87

21 – Deber	91
22 – Culpa	95
23 – Auxilio	99
24 – Humildad	103
25 – Tolerancia	107
26 – Oración	111
27 – Obsesión	115
28 – Enfermedad	119
29 – Muerte	123
30 – Amor	127

A Guisa de Prólogo

Objeto de lectura atenta y meditada, arribamos a la conclusión que este libro que tienes en las manos, lector, es de los que se encuadran perfectamente bien en la calificación de libros de cabecera, como tal y tanto se impone a nuestra mejor concepción.

Su texto, desde el principio hasta el final, nos conduce a bien entender y valorar la Ley de Causalidad - de Acción y Reacción, de Causa y Efecto. Aunque las consideraciones elaboradas se adaptan convenientemente a los respectivos temas, la tónica de todas ellas, acordes y concordantes, evidencia con meridiana claridad el propósito de resaltar la interacción del binomio "pensamiento y vida", como una constante inalienable en los ciclos de nuestras existencias de espíritus, encarnados y no encarnados, en las cuales nos enfrentamos con las consecuencias buenas o malas de lo que pensamos, decimos, sentimos y hacemos, no importa en qué condición o circunstancias fueran.

Informados por el autor que se trata de la transcripción de una peregrina joya del acervo cultural de la Espiritualidad, "susceptible de adaptación a las necesidades de la Tierra", esta obra es presentada a nosotros,

estudiantes y aprendices de la Doctrina de los Espíritus, como factor favorecedor de Espiritualización, por los estímulos de perfeccionamiento intelecto-moral a los que nos predispone - auténtico vademécum en la forma, en el fondo, en el formato, en el contenido.

"Adaptada cuanto es posible al campo del esfuerzo humano", ha alcanzado por completo semejante objetivo, de modo que no hay cómo, ni por qué, con ningún pretexto, eximirnos de la responsabilidad de incorporar a nuestros patrones de conducta la esencia regeneradora y dinamizante de sus pautas, cual brújula para guiar nuestros pasos con rumbo seguro, en beneficio propio y de nuestros semejantes.

Nos alegra sobremanera saber que ahora, a ejemplo de la comunidad brasileña, las colectividades de los países latinoamericanos tendrán también a su disposición esta admirable obra de Emmanuel, en traducción al castellano acertada e impecable, de la culta y emérita cofrade Marta Haydée Gazzaniga.

No podríamos desear más ni mejor en términos de divulgación.

Brasilia (DF), 09 de octubre de 1987.

*FRANCISCO THIESEN
Presidente de la
Federação Espírita Brasileira*

Pensamiento y Vida

Un corazón amistoso nos preguntó si teníamos algún libro, en el Ámbito Espiritual, susceptible de adaptación a las necesidades de la Tierra.

Páginas que hablaran al espíritu acerca de los problemas del espíritu... De fácil comprensión, breve, que condensara los principios superiores que orientan nuestra ruta...

Y nos acordamos por eso de esta simple cartilla comentada, con la que contamos para las tareas en conjunto con los compañeros que están en tránsito hacia la cuna; cartilla utilizada en nuestras escuelas para regeneración, en el lapso entre la muerte y la renovación propiciada por el nacimiento.

Son apuntes humildes surgidos del cerebro, así como las flores brotan del suelo sin que por ello pertenezcan al jardín que las acoge, porque nacen en definitiva de la Bondad de Dios, que conjuga el Sol con el terreno, el manantial con el aire, el abono con el viento, para infundir en ellas color, forma, belleza, fragancia...

He aquí, pues, adaptada cuanto es posible al campo del esfuerzo humano, a nuestra cartilla simple.

"Pensamiento y Vida" la llamamos en el Mundo Espiritual, y con esa misma denominación la ofrecemos a

nuestros hermanos de lucha internados temporariamente en la esfera física, para decirles una vez más que nuestro pensamiento, por intermedio de nuestro propio reflejo, crea la vida que buscamos, hasta que transcurridos milenios, un día estaremos identificados con la Sabiduría Infinita y con el Infinito Amor, que constituyen el Pensamiento y la Vida de Nuestro Padre.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 11 de febrero de 1958.

EL ESPEJO DE LA VIDA

La mente es, en todas partes, el espejo de la vida.

Se yergue desde la Tierra en dirección a Dios, bajo la égida del Cristo, como un diamante en bruto arrancado del seno oscuro del suelo, al que el lapidador transporta hacia la magnificencia de la luz.

En los seres primitivos aparece debajo de la ganga del instinto; surge en las almas humanas en medio de las ilusiones que acosan a la inteligencia, para mostrarse en los Espíritus Perfeccionados como un brillante precioso que retrata la Gloria Divina.

Cuando desde nuestra posición espiritual, confinados como nos hallamos entre la animalidad y lo angelical, nos dedicamos al estudio de la mente, tendemos a considerarla el campo de nuestra conciencia despierta, dentro de la faja evolutiva en la cual el conocimiento adquirido nos permite desenvolvemos.

Definirla como el espejo de la vida equivale a admitir que el corazón es su rostro y el cerebro el centro de sus ondas, generador de la fuerza del pensamiento que a todo infunde acción, en un proceso que al mismo tiempo es creativo y transformador, que destruye y vuelve a construir, para alcanzar como resultado el depuramiento, la sublimación.

En los dominios del cosmos vibra por doquier la influencia recíproca.

El cambio de posición, igual que el renovarse, es obra de los principios generales de interdependencia y repercusión.

El reflejo esboza la emotividad.

La emotividad plasma la idea.

La idea determina la actitud y la palabra, y éstas a su vez comandan las acciones.

Los hilos que componen la trama de las causas donde nacen las circunstancias, son una prolongación de tales manifestaciones, convertidas en válvulas obstructoras, o en palancas liberadoras de la existencia.

No hay ser humano que pueda trasponer de improviso los límites de su mente, más allá del ámbito de trabajo donde se ejercita; sin embargo, todos identificamos la existencia de un intercambio de reflejos, entre unos y otros, dentro de la relativa capacidad de asimilación que hemos alcanzado.

No hay ser humano ajeno al incesante movimiento de permuta.

Respiramos en un mundo al cual dan forma las imágenes que proyectamos y las imágenes que recibimos. A ellas se debe que nos estacionemos fascinados por elementos que provisoriamente nos esclavizan, y también por medio de ellas incorporamos el influjo renovador de las potencias que nos inducen al perfeccionamiento y el progreso.

El reflejo mental tiene su residencia en los cimientos de la vida.

Las criaturas se reflejan recíprocamente en la Creación, y la Creación a su vez refleja los objetivos del Creador.

VOLUNTAD

Compararemos a la mente humana - el espejo viviente de la conciencia lúcida - con una gran oficina subdividida en diversas secciones de servicio.

Allí está el Departamento del Deseo, donde actúan los propósitos y las aspiraciones, que acicatean los impulsos al trabajo; el Departamento de la Inteligencia, que amplía el patrimonio de la evolución y la cultura; el Departamento de la Imaginación, que atesora las riquezas de los ideales y de la sensibilidad; el Departamento de la Memoria, que archiva el cúmulo de las experiencias; y algunos otros, que definen los anhelos del alma.

Por encima de ellos, sin embargo, aparece el Despacho de la Voluntad.

La Voluntad es una gerencia esclarecida y vigilante que gobierna a cada uno de los sectores de la acción mental.

La Divina Providencia concedió al raciocinio la Voluntad, como una aureola luminosa, al cabo del laborioso y multimilenario viaje del ser por las oscuras provincias del instinto.

Para valorar su importancia, basta con recordar que la Voluntad es el timón de todas las categorías de fuerzas incorporadas a nuestro conocimiento.

La electricidad es energía dinámica.

El magnetismo es energía estática.

El pensamiento es fuerza electromagnética.

El pensamiento, la electricidad y el magnetismo se conjugan en cada una de las manifestaciones de la Vida Universal, para crear gravitación y afinidad, asimilación y desasimilación en los campos múltiples de la forma, que están al servicio del peregrinaje del espíritu hacia las Metas Supremas trazadas por el Plan Divino.

La Voluntad, empero, es el impacto determinante.

Es el botón poderoso, a nuestra disposición, que decide el movimiento o el reposo de la máquina.

El cerebro es la dínamo que produce energía mental, de acuerdo con la capacidad de reflejar que le es propia, pero en la Voluntad tenemos el control que orienta dicha energía con tal o cual rumbo, determinante de las causas que rigen los problemas inherentes al destino.

En ausencia de la Voluntad, el Deseo puede llegar a comprar al engaño siglos de aflicciones, marcados por la reparación y el sufrimiento; cuando carece de Voluntad, la Inteligencia corre el riesgo de quedar aprisionada en el calabozo de la delincuencia; por falta de Voluntad, la Imaginación que ha sido dominada por las sombras puede generar peli-

grosos monstruos, y si la Memoria no está aliada a la Voluntad - aunque permanezca fiel a su función de registro, de conformidad con el destino que le ha asignado la Naturaleza - puede llegar a caer en un deplorable relajamiento.

Sólo la Voluntad aportará la fortaleza necesaria para sustentar la armonía del espíritu.

Por cierto, la Voluntad no consigue evitar la reflexión mental cuando se trata de la conexión entre semejantes, porque la sintonía es una ley irrevocable; sin embargo, tiene la posibilidad de imponer el yugo de la disciplina a los elementos que administra, de manera de mantenerlos en íntima concordancia dentro de la corriente del bien.

COOPERACIÓN

Para que una determinada persona dirija con éxito y eficiencia una empresa importante, no es suficiente su designación en el cargo.

Se requerirá de ella un conjunto de cualidades superiores, a fin de que impulse la obra hacia la consolidación y la prosperidad. No solamente autoridad, sino también capacidad conductiva aliada al discernimiento. No sólo conocimientos teóricos y cultura sino, además, virtudes conjugadas con un claro concepto de las proporciones.

Cuando recursos abundantes son puestos al servicio de una cabeza carente de rumbo definido, se los puede comparar con un tesoro que ha sido confiado a la insensatez; del mismo modo, si la riqueza no se destina a fines útiles es como un navío a la deriva.

Aquel que ejerza el gobierno deberá emitir impulsos de justicia, bondad, trabajo y disciplina, si está dispuesto a alcanzar los objetivos de la tarea que se le ha encomendado.

Cuando el poder es despótico, el pueblo padece simultáneamente intranquilidad y confusión; y si a la inteligencia le falta el timón del carácter equilibrado, esparce a su alrededor miseria, crueldad.

De ahí que tengamos noticias de tantos tiranos nimbados de brillantez mental, y de tantos genios, que a pesar de su refinada sensibilidad son atrapados por el vicio.

Dentro del mundo íntimo, la voluntad es el capitán que inexorablemente debe cumplir con el menester que le corresponde.

Y tanto como el administrador de un determinado servicio requiere la ayuda de asesores competentes, la voluntad hallará en la prudencia y la lógica, respetables consejeras de la jefatura de decisiones.

Sin embargo, con suma urgencia, deberá convocar también al sentido de cooperación, para que él sustente sus impulsos.

En las diferentes categorías de la actividad terrestre, el orientador seguro sabe que una jerarquización natural rige la coexistencia de los valores indispensables para la vida.

Por ejemplo, dispuesto a confeccionar un abrigo, el hilo necesitará el apoyo de la máquina; la máquina confiará en la competencia del operario; el operario se basará en el técnico que supervisa su trabajo; el técnico dependerá del directorio de la

fábrica y, a su vez, el directorio de la fábrica habrá de conservar el equilibrio en relación con la marcha de la industria en general, de dónde extraerá el combustible económico que hace falta para alimentar el núcleo de servicio que obedece sus órdenes.

Observamos por consiguiente que, dentro del Estado Individual, con el propósito de atender al gobierno de su competencia y evitar colapsos para el equilibrio, la Voluntad debe recurrir al auxilio de la colaboración, a fin de que su actividad llegue a ser inteligible.

La cooperación espontánea es el más importante ingrediente del orden.

Entre la Gloria Divina y los límites subatómicos, el Universo puede ser definido como una sucesión de vidas concatenadas con la Gran Vida.

Cooperación significa obediencia constructiva a las imposiciones de la vanguardia, y al mismo tiempo respeto al socorro implícito para con las carencias de la retaguardia.

Quien presta ayuda recibe ayuda y, silenciosamente, descubre la más segura fórmula de adaptación a los procesos evolutivos.

INSTRUCCIÓN

Oportunamente se dijo que dos son las alas que han de transportar al espíritu humano hasta la presencia de Dios.

Una es el Amor, la otra la Sabiduría.

Por el amor, que sobre todo es servicio a los semejantes, la criatura humana ilumina y embellece su interior, mientras emite en dirección a los otros el reflejo de sus virtudes; y por la sabiduría, que comienza con la adquisición del conocimiento, recoge la influencia de quienes van a la vanguardia del progreso, que le transmiten los reflejos de su grandeza y la impulsan hacia lo Alto.

Con el amor nos hacemos valiosos para la vida.

Con la sabiduría la vida nos valoriza.

De ahí la necesidad imperiosa de que la inteligencia y la bondad marchen a la par.

La bondad ignorante es como un pozo de agua, que al reparo de la sombra sacia amistosamente la sed de los viajeros, sin mostrarles el camino.

La inteligencia que no ama puede ser comparada con un importante poste de señalización, que proporciona a los peregrinos informes acerca del rumbo seguro, aunque los deja sucumbir atormentados por la sed.

Todos por igual tenemos necesidad de instrucción y de amor.

Estudiar y prestar un servicio útil son vías inevitables en la obra de la elevación.

La cultura intelectual está constituida por una cadena que se amplía gradualmente.

Las civilizaciones se suceden, sin interrupciones, al influjo de la herencia mental.

El arte, en la palabra o en la música, en el buril o el pincel, progresa y se enaltece, por efecto de la repercusión expresada en la labor de los cultores de lo bello, inspirados los unos en los otros.

La escuela es un centro de inducción espiritual donde los maestros de hoy dan continuidad a la tarea de los instructores de ayer.

El libro representa un vigoroso imán que plasma emociones y concepciones, de las cuales nacen los movimientos significativos de la humanidad, en los sectores de la religión, la ciencia, la opinión, la técnica, el pensamiento, el trabajo. A esa dinámica de energía creadora debemos los más adelantados servicios de trasmisión del pensamiento¹, porque a inmensas distancias, en el espacio y en el tiempo,

¹Telemantação es el término que aparece en el original. Por etimología, resulta ser una forma de comunicarse con el pensamiento a distancia. (Nota de la traductora)

asimilamos las ideas de los espíritus superiores que vinieron al planeta para iluminarnos, hace siglos.

Sócrates se refleja en las páginas de los discípulos que compartieron su intimidad, y en la actualidad nos alimentamos todavía con los elevados pensamientos de los que fue portador.

Jesús está retratado en los libros de los apóstoles que propagaron su obra, y el Evangelio es un espejo cristalino donde el Maestro se reproduce, por reflexión divina, a fin de orientar la conducta humana para la edificación del Reino de Dios entre las criaturas.

El conocimiento patrocina nuestra libertad individual y nos pone en camino hacia nuevos horizontes en la vida.

Nuestro deber es, pues, estudiar siempre y escoger lo mejor, para que tanto nuestras ideas como nuestros ejemplos reflejen las ideas y los ejemplos de los paladines de la luz.

EDUCACIÓN

Dijo el Cristo: "Brille vuestra luz..."²

Él, el Maestro Divino, es nuestra divina luz para la evolución planetaria.

Antiguamente se consideraba a la recomendación del Señor un mero aviso, místico en su esencia; una convocatoria a los seguidores del culto externo de la escuela religiosa, a una supuesta posición de realce individual después de la muerte, en la imaginaria corte celestial.

Sin embargo, hoy comprendemos que debemos aplicar esa enseñanza de Jesús cualquiera sea nuestra condición, día tras día.

Incluso la ciencia terrestre ha llegado a reconocer la presencia de la luz en todas partes.

El cuerpo humano, luego de los estudios convenientes, ha revelado que no es materia formada por la cohesión molecular, sino una especie de vehículo energético cuya estructura está determinada por partículas infinitesimales que al atraerse

² Mateo, 5:16 - Nota del autor espiritual.

y repelerse recíprocamente, producen el efecto de microscópicas explosiones de luz.

La Química, la Física y la Astronomía demuestran que el hombre terrestre habita un reino surcado por rayos.

En la intimidad de ese glorioso imperio de energía se encuentran los rayos mentales, que condicionan a los elementos por medio de los cuales se expresa la vida.

El pensamiento es una fuerza creadora que se exterioriza desde la criatura que lo genera, por medio de ondas sutiles, dentro de circuitos de acción y reacción en el tiempo. El pensamiento es mensurable, como también lo es el fotón, que una vez impelido por el haz luminoso que lo produce recorre el espacio a una cierta velocidad y sustenta el hálito fulgurante de la Creación.

Repetimos, entonces, que la mente humana es un espejo de luz que emite rayos y, asimismo, asimila rayos.

No obstante, ese espejo permanece parcialmente aprisionado por las sombras espesas de la ignorancia, comparable a una piedra preciosa incrustada en rocas subterráneas o en los pliegues de un precipicio. Para que la mente llegue a retratar la irradiación celestial, o bien para que emita su propio brillo, es indispensable que se desembarace de las tinieblas, a costa del pulimento que le deparará el trabajo.

Por consiguiente, tomamos nota de que la educación es una necesidad ineludible para todos los seres.

En su lección verbal, el Eterno Benefactor expresó en el modo imperativo la advertencia a que nos referimos:

- "Brille vuestra luz".

Eso quiere decir que el potencial de luz de nuestro espíritu debe llegar a resplandecer en la plenitud de su grandeza, y a tal estado solamente accederemos mediante una educación que propicie nuestro adecuado mejoramiento.

Sin embargo, la educación considerada como el cultivo de la inteligencia y el perfeccionamiento del campo íntimo, educación que exalta el conocimiento, la bondad, el saber, la virtud, no habrá de conquistarse tan sólo por la fuerza de la instrucción impuesta desde afuera hacia adentro. Requerirá también la adhesión consciente de la voluntad, que cuando se consagra al bien por sí misma, sin constreñimientos, puede liberar y pulir el corazón, así como plasmar en él la faz cristalina del alma, capaz de reflejar la Vida Gloriosa y transformar el cerebro en una usina de energía superior, que proyecte reflejos de belleza y sublimación.

FE

Para hallar el bien y asimilar su luz, no alcanza con admitir su existencia. Es indispensable ir a su encuentro con una disposición íntima de perseverancia y fervor.

Nadie pone en dudas el poder de la electricidad, no obstante para que una lámpara ilumine nuestro aposento recurrimos a los hilos conductores, que la transportan desde las instalaciones de la usina lejana hasta el interior de nuestra casa.

La fotografía es hoy un fenómeno corriente, pero para que la imagen quede fijada en un retrato, se requiere que la emulsión gelatinosa sensibilice la placa que la recibe.

La voz humana, por medio de la radiofonía, es transmitida de un continente a otro con absoluta fidelidad, aunque sin prescindir del remolino electrónico que convenientemente disciplinado transporta sus ondas.

En el mismo sentido, nos resultará imposible concretar alguna realización mientras no adoptemos una actitud positiva de confianza.

Mientras tanto, "-¿Cómo se expresa la fe?", muchas veces nos preguntamos.

La fe es un término que no tiene definición en el vocabulario común.

La fe es una fuerza que nace con el alma; es la certeza instintiva de la Sabiduría de Dios, que es la sabiduría de la vida misma. La fe palpita en todos los seres, vibra en todas cosas: se pone de manifiesto en el cristal quebrado que humildemente se recompone; se revela en el árbol tronchado que se restablece gradualmente, entregado a las leyes de renovación inherentes a la Naturaleza.

Cada una de las operaciones de la existencia se desenvuelven, de algún modo, con la energía de la fe.

El campo deposita su confianza en el vigor de la Primavera, por eso se cubre de flores.

Se fia el río de la presencia del manantial, y no prescinde de él para agregar amplitud y profundidad a su cauce.

Alimentarse es un espontáneo acto de fe. Cuando el hombre ingiere comida confía en las vísceras del abdomen, aunque no las vea.

El éxito de la experiencia social es una consecuencia de la fe de la comunidad, comprometida a respetar las determinaciones de orden legal que reglamentan su vida.

Si nos valiéramos conscientemente de la energía de la fe, podríamos suprimir extensas sinuosidades en nuestro camino evolutivo.

A tal efecto, sea cual fuere nuestra interpretación religiosa acerca de la idea de Dios, para

reflejar Su grandeza es imprescindible que concentremos nuestra confianza en el bien.

Recordemos el fenómeno de la lente y el Sol. El astro del día distribuye equitativamente sus recursos, empero si con la ayuda de una lente hacemos que sus rayos converjan, obtendremos de él un poder más amplio.

De igual modo, el Bien Eterno derrama la misma luz sobre todos, sin embargo cuando concentramos su fuerza en nosotros, mediante una positiva seguridad íntima, retratamos su gloria con mayor eficacia.

Busquémoslo infatigablemente; no nos detengamos en el mal.

El tronco que fue podado ofrece frutos similares a los que producía antes del golpe que lo mutiló.

El curso de agua llega al río, y entre tanto diluye en su seno el lodo que le arrojan.

Sustentemos nuestro corazón con el agua reparadora del bien inagotable.

Busquemos la **parte buena** de las criaturas humanas, de las cosas y de los acontecimientos que se cruzan en nuestra batalla cotidiana. De tal modo, al orientar el espejo de nuestra mente hacia el bien, iremos incorporando a él tesoros eternos, y la felicidad nacida de esa fe generosa, activa, podrá liberarnos de los grilletes del mal, porque el bien constante y puro habrá encontrado en nosotros un seguro reflector.

7

TRABAJO

Si nos proponemos retratar en nuestra mente la luz de los Ámbitos Superiores es indispensable que, en forma espontánea, nuestra voluntad adopte el trabajo como alimento diario.

En el pasado considerábamos al trabajo una ocupación servil de quienes habían caído bajo el estigma de la injuria.

La escuela, las artes, las virtudes domésticas, la industria, el cultivo del suelo, eran todas ocupaciones relegadas a las manos de esclavos, en tanto que los brazos de quienes eran considerados libres se reservaban para la dorada inmovilidad.

Pese a ello, hoy sabemos que la ley del trabajo es el derrotero para conquistar la legítima emancipación. Si no la tuviéramos en cuenta, nuestro mundo mental dormiría estancado. Huir a sus imposiciones es situarse al margen del camino por donde el vehículo de la evolución avanza indefectiblemente, mientras va dejando en la retaguardia a quienes se rinden a la ilusión de la pereza.

El usurero padece la desdicha de secuestrar los bienes debidos al Bien de Todos y, además, el infortunio de construir para sí mismo una cueva

decorada, donde se le atrofiarán las más nobles facultades del espíritu.

Sin embargo, obrar por obrar tampoco es útil.

Las regiones infernales vibran repletas de movimiento.

Más allá del **trabajo-obligación**, por el cual somos recompensados de inmediato, es conveniente que nos atengamos al placer de servir.

En las contingencias naturales del desarrollo terrestre, el espíritu encarnado es compelido a un incesante esfuerzo para sustentar el cuerpo físico. Gratuitamente recoge el agua pura, los principios solares, los recursos nutritivos de la atmósfera, no obstante lo cual precisa invertir sudor y sufrimiento, en la búsqueda de las proteínas y los carbohidratos que garantizan la euforia de su organismo.

Aunque sea cautivo de las circunstancias inherentes al ámbito de la densa materia donde transitoriamente respira, puede disfrutar en la Tierra la ventura del servicio voluntario a los semejantes, todo aquel que devele el espejo de su alma a los reflejos de la Esfera Divina.

El **trabajo-acción** transforma el ambiente.

El **trabajo-servicio** transforma al hombre.

Las tareas remuneradas conquistan el agradecimiento de quien recibe su aporte, pese a que permanecen ligadas al mundo dentro de los lineamientos de la permuta vulgar.

La colaboración espontánea, la colaboración que no depende de la retribución, despliega la

influencia de la Bondad Celestial que a todos ampara, sin que medie compensación alguna.

A medida que ascendemos, con más claridad llegamos a comprender la necesidad de trabajar por amor al servicio.

Cuando decidimos prestar ayuda al prójimo sin incentivos materiales, automáticamente quedamos matriculados en el curso de acrisolamiento de nuestra alma y entramos en sintonía con la Vida Abundante.

En los círculos más elevados, el trabajo no es una obligación. La criatura es consciente de la verdad, comprende que obrar a favor del bien es adaptarse a las Leyes de Dios, y a ellas se entrega por libre voluntad.

Por eso, en los dominios superiores, los espíritus serviciales avanzan hacia las cimas de la inmortalidad radiante, al mismo tiempo que reproducen en su interior las maravillas del Cielo que nos rodea, reflejadas por todas partes como por un espejo.

ASOCIACIÓN

Si el hombre pudiese contemplar con sus propios ojos cómo fluye el pensamiento, reconocería con sorpresa que vivimos en un régimen de comunión condicionado por los principios de la afinidad.

La asociación reside en todas las cosas, preside todos los acontecimientos, comanda la existencia de todos los seres.

Demócrito, el sabio griego que vivió en la Tierra mucho antes que el Cristo, aseguraba que "los átomos, invisibles a la mirada humana, se agrupan como las palomas cuando buscan comida, y así dan forma a los cuerpos que conocemos".

Ahora comenzamos a penetrar en la esencia del microcosmos, y de alguna manera podemos simbolizar en el átomo, objeto de nuestra investigación, un sistema solar en miniatura, en el cual el núcleo desempeña la función de centro vital y los electrones ocupan la posición de los planetas en movimiento gravitatorio.

En el ámbito de la Vida Mayor los soles arrastran a los mundos en la inmensidad, en virtud de la interacción electromagnética de las fuerzas universales.

De modo similar, en la vida común, el alma entra en resonancia con las corrientes mentales en las que respiran las almas que se le asemejan.

Asimilamos los pensamientos de quienes piensan como pensamos nosotros.

Cuando sentimos, mentalizamos, hablamos u obramos, nos ponemos en sintonía con las emociones e ideas de aquellas personas, encarnadas o desencarnadas, que habitan nuestra faja de simpatía.

Invariablemente atraemos o rechazamos recursos mentales que se agregan a los nuestros, que nos afianzan en el bien o en el mal, según la dirección que escogemos.

Cualquiera sea la circunstancia o la opinión que emitimos, siempre somos la suma de muchos.

Somos la expresión de miles de criaturas, y miles de criaturas nos sirven de expresión.

El deseo es la palanca de nuestro sentimiento, el generador de la energía que consumimos según nuestra voluntad.

Cuando nos ocupamos detenidamente de los defectos y las faltas de los otros, el espejo de nuestra mente los refleja de inmediato, como si absorbiera las imágenes deprimentes que los constituyen, y nuestra imaginación ingiere esa especie de alimento que más tarde es incorporado a los tejidos sutiles de nuestra alma. No es raro que, con el transcurso del tiempo, ésta empiece a expresar lo que ha asimilado a través de su vehículo de mani-

festación, ya sea por medio del cuerpo carnal, mientras permanece entre los hombres, o del cuerpo espiritual del que nos servimos después de la muerte.

Por tal razón, sucede a menudo que quienes censuran el proceder ajeno acaban por practicar las mismas acciones que condenan en el prójimo, pues impulsados por su interés se introducen en las minucias del mal, e inconscientemente absorben sus emanaciones, hasta que un día descubren con sorpresa que ellos mismos han caído bajo el dominio de las fuerzas que lo representan.

Una brecha de sombra en nuestra personalidad es el retrato de una sombra mayor.

Del mismo modo en que un diminuto foco infeccioso abandonado a sí mismo, puede convertirse en pocas horas en un quiste fétido de inmensas proporciones, la maledicencia puede precipitarnos en el vicio; igualmente la cólera sistemática nos arrastra muchas veces a los laberintos de la locura, o a las tinieblas del crimen.

Cuando pensamos, conversamos o trabajamos, la fuerza de nuestras ideas, palabras y actos alcanza momentáneamente un potencial tantas veces mayor cuantas más sean las personas encarnadas o desencarnadas que concuerdan con nosotros; dicho potencial tiende a aumentar indefinidamente y, de retorno, nos impone las consecuencias de nuestras propias iniciativas.

Busquemos el bien sin cesar; dediquémonos a dar ayuda, a aprender, a servir, a disculpar, a amar. Con esa actitud reflejaremos a los cultores de la luz, y al mismo tiempo resolveremos, con plena seguridad, nuestro problema de compañía.

SUGESTIÓN

Se habla acerca del fenómeno de la sugestión mental como si fuera exclusividad de los gabinetes dedicados específicamente al magnetismo; se comportan los hipnotizadores y los hipnotizados igual que los taumaturgos.

Grasset, el eminente neurólogo de la escuela de Montpellier³, logró clasificar las sugestiones en dos categorías: las intra-hipnóticas, que se efectúan durante el sueño inducido, y las post-hipnóticas, que se realizan una vez que el sujeto ha despertado.

Sin embargo, la sugestión es un acontecimiento habitual en la vida de los seres humanos, que está basado en la reflexión mental permanente.

De la sugestión se apropió con mayor énfasis la magia, a la que se atribuye el gobierno de las fuerzas ocultas, y en general ha sido el clima de las ceremonias religiosas de la Tierra, ceremonias donde se conjugan las fuerzas de mentes pode-

³Joseph Grasset, médico francés, 1849-1918. "*L'hypnotisme et la suggestion*", su obra más importante, fue publicada en París en 1904. (Nota de la traductora)

rosas, tanto encarnadas como no encarnadas, desencadenantes de sucesos que al impresionar a las mentes populares consiguen el control de sus impulsos.

La sugestión es una fuerza mental pura y simple, portadora de una idea, o lo que es lo mismo, de una imagen viviente; al igual que la electricidad, o que un elemento explosivo, o que el vapor o la desintegración atómica, la sugestión no es buena ni mala: sus efectos dependen de la aplicación que se le dé. Hallamos a la sugestión no solamente en el altar donde se depositan las oraciones o en los símbolos sagrados del servicio religioso, mediante los cuales sugiere la virtud y el progreso al corazón del pueblo, también está presente en los espectáculos deprimentes de los ritos bárbaros y en la demagogia envilecedora, en los cuales destila el magnetismo inferior responsable del desenfreno y la rebeldía.

Nuestras emociones, nuestros pensamientos, nuestros actos, son elementos dinámicos de inducción.

Exteriorizamos la energía mental, un vehículo donde viajan formas sutiles por medio de las cuales ejercemos influencia sobre el prójimo; y esas formas, que también nacen en los cerebros ajenos, nos afectan a nosotros.

Las actitudes que caracterizan nuestra existencia polarizan fuerzas en quienes tienen afinidad con nuestro modo de ser y, consciente o inconscientemente, los impulsan a la imitación.

Ese es el efecto del principio de repercusión que comanda nuestra actividad, paso a paso en la vida.

La escuela es un hogar para las almas que se inician en las luchas del perfeccionamiento intelectual y, simultáneamente, constituye un centro de reflejos condicionados para millones de espíritus que vuelven a la encarnación para recuperar, mediante la alfabetización, el resultado de sus anteriores conquistas en la esfera de la inteligencia.

Con el auxilio de los innumerables instructores que nos guían, ya sea desde la cátedra o desde la tribuna, por medio del libro o de la prensa, recobramos en el mundo nuestra realidad psíquica, determinada por la suma de nuestras adquisiciones emocionales y culturales del pasado, con la posibilidad de alcanzar una educación mayor de la voluntad, con el fin de adaptarnos convenientemente a la Vida Superior.

Somos hoy los herederos efectivos de los reflejos de nuestras experiencias del ayer, y disponemos de recursos para orientar su dirección en el rumbo de la verdadera felicidad.

Mientras prestamos auxilio a los otros, sugerimos el auxilio en nuestro favor. Si soportamos con humildad las vicisitudes de la senda regeneradora, inducimos la paciencia y la solidaridad para con nosotros en quienes nos rodean.

Si ayudamos nos ayudamos.

Si perjudicamos a nuestro semejante nos perjudicamos a nosotros mismos.

Por intermedio de la sugestión espontánea plantamos los reflejos de nuestra individualidad, y cosecharemos sus efectos en las individualidades ajenas; de igual modo que al sembrarlos en el mundo, obtenemos el cáñamo, el trigo, la zanahoria o la papa.

Somos responsables por estar ligados a las fuerzas constructoras del bien, o a las fuerzas perturbadoras del mal.

COMPRESIÓN

Quien se disponga a cultivar un campo no podrá prescindir del arado, pues con él abrirá los surcos en el cuerpo del terreno.

El escultor tendrá que recurrir al cincel para dar forma al mármol, de acuerdo con la idea creadora que enciende su mente.

La criatura humana interesada en producir reflejos mentales que protejan la senda que transita, no podrá omitir la comprensión, pues ella constituye el cimiento del trabajo renovador.

Comprensión que simbolice la fraternidad puesta en práctica.

Simpatía convertida en un foco de potencia atractiva, que exteriorice nuestro mejor aspecto, para que el mejor aspecto exteriorizado por los otros venga a nuestro encuentro.

Estamos compulsivamente envueltos por la onda mental que emitimos, en un régimen de circuito natural.

Nos inscribimos en la categoría de gratos o ingratos, conforme con el empleo que hacemos de nuestros sentimientos y pensamientos. Éstos constituyen, en definitiva, cargas de energía electro-

magnética mediante las cuales herimos o acariciamos, ayudamos o perjudicamos, vitalizamos o destruimos. Son cargas que invariablemente retornan a nosotros impregnadas con los recursos edificantes o negativos con los que hemos señalado su ruta.

Cuando nos mostramos coléricos, irritables, agresivos, o ásperos con los otros, creamos por acción refleja el desaliento, la intemperancia, la crueldad o la frialdad con que habrán de tratarnos. Así mismo, cuando ofrecemos generosidad, comprensión, actitudes serviciales o de utilidad a quienes nos rodean, creamos consecuentemente la alegría, la tranquilidad, la seguridad y el buen ánimo para nosotros mismos.

La vida nos responde a través de las cosas y de las criaturas, en concordancia con la naturaleza del llamado que le hemos hecho.

Hasta que ingresan en la Conciencia Cósmica, los seres están caracterizados por una fase luminosa, con la que se elevan hacia las cumbres de la evolución, y por una fase sombría, por la cual todavía sufren la influencia de la retaguardia.

La situación de los hombres en la Tierra, tiene el valor de un símbolo de esa condición específica: por encima de ellos el fulgor pleno del Sol, por debajo la oscuridad del abismo.

Recogemos del Padre Celestial los estímulos que nos impulsan hacia el futuro, y al mismo tiempo padecemos los reflejos del pasado que se proyectan sobre nuestro presente.

De manera que para cortar las cadenas del mal que hemos forjado en perjuicio de nuestras almas, debemos buscar el bien, sentirlo, mentalizarlo y plasmarlo en todas las posibilidades de obrar que tengamos a nuestro alcance.

Para comenzar, será necesario que aprendamos a diferenciar al criminal de la criminalidad, como también el labrador establece la diferencia entre el gusano y la plantación, a fin de anular el dominio del primero y enriquecer la utilidad de la segunda. Y tanto como el trabajador rural extingue la plaga y salva el cultivo, es necesario que nuestra comprensión improvise recursos de auxilio al compañero que cayó en las garras de la delincuencia, pero sin alentarla.

Quien es capaz de descender para prestar ayuda a un semejante, sin por eso perder altura moral, afianza el mejoramiento general e intensifica la sublimación en lo individual.

Sólo el culto infatigable de la comprensión garantizará el equilibrio indispensable en el servicio del perfeccionamiento individual, en el cual debemos invertir nuestras más sanas ilusiones. Solamente el amor puro es capaz de crear en nuestra mente la energía de la luz divina, que a partir de nosotros habrá de expandirse en reflejos de protectora renovación.

CUNA

Con excepción de los planes elaborados para obras especiales - obras en las que Espíritus misioneros administran las reservas fisiológicas a fin de crear reflejos de la Vida Superior entre los hombres, para impulsarlos a una mayor elevación -, la cuna del presente es el retrato de lo sucedido ayer.

El camino comenzado en una determinada existencia es la prolongación de los caminos recorridos en las encarnaciones que la precedieron.

En la Tierra, la investigación científica llega hasta el agotamiento en el estudio de la trasmisión de los caracteres biológicos.

Los núcleos de cromosomas al igual que los vehículos citoplasmáticos, los factores ambientales tanto como las genealogías familiares, son considerados por los genetistas para resolver la ecuación de los problemas del origen, y naturalmente, de sus indagaciones surgen resultados notables, como los referidos a los caracteres morfológicos y a las sorpresas de la adaptación.

No obstante, el escalpelo de la observación humana todavía no ha conseguido trasponer el recinto externo de la constitución orgánica. Se ha

detenido en el examen de la conformación, la estatura, la pigmentación o el grupo sanguíneo, es decir, en los aspectos alusivos a la filiación corpórea, mientras que los meandros de la herencia psíquica aún son inaccesibles a los sondeos de la inteligencia terrestre.

La células germinales son simientes vivas que reproducen nuestros **clisés de conciencia** en el trabajo imperceptible de la formación de un cuerpo nuevo.

Dentro del recinto uterino, el reflejo predominante de nuestra individualidad impresiona la chapa fetal, es decir, el conjunto de principios germinativos que forjan los cimientos del nuevo instrumento físico, y sella nuestro destino según las tareas que deberemos ejecutar en el mundo, dentro de un determinado segmento de tiempo.

No está implícita en ello la tendencia al determinismo absoluto. Nadie puede suprimir el libre albedrío, y precisamente con él establecemos las causas del sufrimiento o de la reparación en nuestros destinos, dentro del determinismo relativo con el que marchamos hacia más elevadas formas para nuestras emociones y pensamientos, a la conquista de la libertad suprema.

Por el trance de la muerte física regresamos a la Vida Mayor, con una suma de realizaciones que no siempre coinciden con las que deberíamos haber conseguido. Las imágenes que transportamos de la permanencia en la carne constituyen, en muchas ocasiones, fantasmas temibles nacidos de

nuestras propias culpas, que nos demandan reajuste y pago, y dan forma para nuestros sentidos a un infierno torturante donde quejas y pesares se confunden.

Sin embargo, la Justicia Fiel misericordiosamente nos concede la bendición de volver otra vez al inicio. A través de la cuna retomamos el contacto directo con quienes son nuestros acreedores o nuestros deudores, para saldar los débitos que hemos contraído con ellos, cuyo balance efectivo está minuciosamente contabilizado en las Leyes Divinas.

Por lo general, renacemos en la Tierra condicionados por nuestras deudas o de conformidad con nuestras necesidades, y para este fin asimilamos la esencia genética de quienes son afines con nuestro modo de proceder y de ser.

Los problemas de la herencia provienen, en general, de los reflejos mentales que nos caracterizan.

También es cierto que, a veces, abnegados corazones cultivan el suelo del amor con su sacrificio, para atraer hacia sí a corazones desdichados, y dan amparo transitorio en sus brazos a seres monstruosos, aberrantes, en disonancia con el elevado nivel en el que ya se han instalado. No obstante, esas excepciones se deben a la capacidad de renuncia de tan abnegados seres, gracias a la cual hacen emerger de las regiones infernales a antiguos lazos afectivos, distanciados por el tiempo, en uso del divino atributo de la caridad.

Según la regla general de este mundo, empero, nuestra cuna es el reflejo de nuestras necesidades, y nos corresponde honrarla, mientras estemos reencarnados, con un digno trabajo de restauración, de mejoría o superación, con la certeza de que fuimos traídos o atraídos a ella por los problemas de la regeneración o, incluso, de la autonomía que nos falta, para que recompongamos nuestro destino con vistas al futuro.

FAMILIA

La familia consanguínea entre los hombres puede ser apreciada como el centro esencial de nuestros reflejos: reflejos agradables o desagradables que el pasado nos devuelve.

Por cierto, no incluimos aquí a los Espíritus pioneros de la evolución, que transferidos al ambiente común lo superan de inmediato y crean el clima mental que les es peculiar, en tanto atienden a la renovación de la cual son intérpretes.

Hacemos referencia a nuestra posición en el campo vulgar de la lucha.

Cada criatura humana está adaptada al radio de la acción que es capaz de desarrollar; más claramente, cada uno de nosotros irá, poco a poco, trasponiendo el horizonte hacia el cual proyecta los reflejos con los que tiene relación.

El hombre primitivo no se aparta de improviso de su aldea, allí renace muchas veces; y el hombre relativamente civilizado se demora por largo tiempo en un determinado ámbito racial, donde asimila las experiencias que necesita, hasta que la suma de sus logros lo torna recomendable para otras realizaciones.

De tal modo, dentro de la esfera del grupo consanguíneo, el Espíritu reencarnado va al encuentro de los lazos que él mismo ha urdido, con la orientación mental que caracteriza a sus tendencias.

Por esa razón, la llamada herencia psicológica es, de alguna manera, la aglutinación espontánea de espíritus afines en las mismas actividades, con similares inclinaciones.

Un gran artista, lo mismo que un héroe eminente, puede nacer en una esfera ajena a los sentimientos por los que se destaca. Es la manifestación del genio pacientemente elaborado a través de los milenios, que impone los reflejos de su individualidad en un gigantesco trabajo creativo.

Empero, en la senda habitual el templo doméstico reúne a quienes se asemejan, los unos a los otros.

Una familia de músicos tendrá facilidad para acoger entre la descendencia a compañeros del arte divino y, muchas veces, los Espíritus que ocupan la posición de hijos cuando vuelven a encarnar junto a ellos, son los mismos amigos que incentivaban su formación musical desde el reino del Espíritu, y se reflejan recíprocamente en la continuidad de la acción en la que están empeñados durante siglos y siglos.

Así pues, sean escultores, poetas, políticos, médicos, comerciantes o agricultores, casi siempre se dan las manos en el culto de los mejores valores afectivos, y se prolongan mutuamente en los genes familiares, aunque preserven para sí mismos, mediante el trabajo en común y según la ley del renacimiento, el patrimonio evolutivo con el que se

expresan en el espacio y a través del tiempo. De igual modo, de conformidad con el mismo principio de sintonía, encontramos a dipsómanos y cleptómanos, tanto como a delincuentes y enfermos de orden moral, que nacen de aquellos que comulgan espiritualmente con sus deficiencias y sus pruebas, porque muchas inteligencias extraviadas se adaptan al campo genético de los que los atraen a su compañía por la intensidad de los pensamientos poco dignos, o por las acciones deplorables con las que se comprometen ante la Ley.

La tara familiar es, por lo tanto, el resultado de la conjunción de los débitos que nos ubican en el plano genético enfermizo que merecemos, en relación con nuestros compromisos ante el mundo y la vida. En tal sentido, somos conducidos a padecer el retorno de nuestros reflejos tóxicos a través de los parientes, quienes nos los devuelven convertidos en aflictivos procesos de sufrimiento.

Hallamos en el grupo doméstico los lazos de la elevación y la alegría que ya hemos conseguido tejer mediante el amor loablemente vivido, e igualmente los grilletes del constreñimiento y la aversión, en los que recogemos, de retorno, los **clisés** inquietantes que nosotros mismos plasmamos en la **memoria del destino**, clisés que modificaremos a costa de trabajo, sacrificio, paciencia, humildad; recursos nuevos con los que forjaremos una nueva producción de reflejos espirituales, susceptibles de anular los efectos de nuestra conducta anterior, impropiciada y desafortunada.

Hijos

El espíritu es portador del patrimonio moral que determina su individualidad antes de volver a nacer en el plano físico. No obstante ello, recibirá los reflejos de sus padres y maestros, quienes imprimirán en su nueva chapa cerebral las imágenes que van a condicionar, en muchos casos, toda su existencia.

Es innegable que, en esa nueva fase, la instrucción aguarda al espíritu para enriquecer su camino, en relación con una determinada actividad. Al respecto, es interesante reconocer que la palabra escrita, comparada con la palabra hablada o con el ejemplo directo, revela posibilidades de repercusión menos intensas, sobre todo cuando se encuentra sometida a los prejuicios de las formas gramaticales.

La voz, del mismo modo que la acción práctica, está impregnada por el magnetismo inductivo que se desprende del fenómeno de reflexión inmediata, de modo que tanto la una como la otra producen significativas transformaciones hacia el bien o hacia el mal, según la naturaleza que individualiza sus manifestaciones.

En la Tierra, los niños confiados a nuestro cuidado tienen una maquinaria neuro-cerebral completamente nueva en su estructura orgánica, como si se tratara de una cámara fotográfica que ha sido debidamente preparada para recoger impresiones. El objetivo - que en dicha máquina está constituido por un sistema de lentes apropiadas, capaces de captar correctamente imágenes sobre elementos sensibles -, está representado en la mente infantil por un espejo renovado en el que se conjugan la visión, la observación, la atención y la meditación, como lentes del alma, para absorber los reflejos de las mentes que la rodean, a los cuales fija en sí misma como elementos básicos de su conducta.

Por consiguiente, los pequeños se hallan a merced de los moldes espirituales de quienes los engendran o de quienes hacen posible su aprendizaje, del mismo modo que sucede con la arcilla frágil y plástica en relación con las ideas de un alfarero.

No podemos olvidar que en la Tierra, pese a que nuestros hijos carguen con el sedimento de las experiencias vividas durante los aprendizajes anteriores, en el terreno fisiológico son compañeros que, casi siempre, vuelven a convivir con nosotros en forma transitoria, para adaptarse a las imposiciones de la Ley Divina, necesitados tanto como nosotros mismos de pruebas y enseñanzas en lo relativo al trabajo favorecedor de la deseada regeneración.

Con excepción de aquellos que trascienden nuestros marcos evolutivos, en lo referente a la

misión específica de la que están investidos para favorecer la renovación del ámbito común, nuestros descendientes sufren nuestros reflejos, y al mismo tiempo asimilan impresiones entrañablemente perdurables, algunas de las cuales, en determinadas ocasiones, acompañan sus pasos desde la infancia hasta la muerte del cuerpo denso.

Cuando se trata a los hijos como si fueran adornos del corazón, se los induce a funestos engaños, porque carentes de recursos para la lucha redentora, cuando sus vehículos orgánicos alcanzan la etapa del desarrollo, con gran facilidad se adaptan al reflejo predominante en las inteligencias que se han aclimatado a las sombras o a la rebeldía, y en consecuencia son atraídos hacia la influencia del pasado a la que especialmente deberíamos haber evitado y temido.

Las criaturas confiadas a nuestro cuidado son recipientes vivos, que recogen las imágenes de sus experiencias diarias junto a nosotros, experiencias a las cuales tenemos el deber de conferirles nociones de justicia, trabajo, fraternidad, orden..., además de habituar desde temprano a esos niños a la disciplina y al ejercicio del bien, mediante la intensidad de nuestras demostraciones, sin apartarlos por ello del clima de optimismo y esperanza. Además de acogerlos con amor, nos cabe recordar que los corazones infantiles son invalorable urnas, receptáculos de nuestros reflejos, trofeos en los que estaremos retratados en ese magnífico futuro, cuando todos por igual lleguemos a ser herederos de nuestras propias obras.

CUERPO

Al margen de las digresiones científicas - puesto que los usuales libros técnicos sobre educación son suficientemente esclarecedores, en lo concerniente al aspecto exterior del cuerpo humano -, recordaremos que el Espíritu, inquilino de la casa física, es quien preside su formación y su sustentación, en forma consciente o inconsciente, desde la primera hora de la organización fetal, si bien a menudo lo hace con la asistencia protectora de Mensajeros de la Providencia Divina.

Como trae consigo la suma de los reflejos buenos y no tan buenos, en concordancia con la cosecha de méritos y perjuicios que sembró para sí mismo en el suelo del tiempo, el Espíritu incorpora a los moldes reducidos de su ser las células del equipaje humano, y las asocia a su propia vida a partir de la vesícula germinativa.

Amparado en el seno materno, su cuerpo se estructura mediante las células referidas a medida que éstas se multiplican alrededor de la matriz

espiritual, del mismo modo que la limadura de hierro lo hace sobre un imán, y forman al principio las láminas blastodérmicas de las cuales deriva el tubo intestinal, el tubo neural, el tejido cutáneo, los huesos, los músculos, los vasos.

Al poco tiempo, debido al desenvolvimiento espontáneo, el Espíritu se encuentra materializado en el ámbito de la lucha física y se manifiesta a través del vehículo carnal que le sirve de expresión. Dicho vehículo, constituido por millones de células o individualidades microscópicas que se adaptan a los tejidos sutiles del alma y comparten su naturaleza electromagnética, se asemeja a un taller complejo formado por billones de motores infinitesimales, movidos por oscilaciones electromagnéticas dentro de una longitud de onda específica, que emiten sus irradiaciones al mismo tiempo que asimilan las irradiaciones de la zona donde se encuentran, todo esto bajo el comando de un único responsable: la mente.

Desde la fase embrionaria del instrumento con el cual se manifestará en el mundo, el Espíritu plasma en él sus propios reflejos.

Existen, más allá del sepulcro, seres muy perturbados por los problemas consecuentes del suicidio o el homicidio, de la delincuencia o los vicios, seres que transferidos al nuevo nacimiento presentan de inmediato los más dolorosos desequilibrios, causados por la disfunción vibratoria que los cataloga dentro de los cuadros de la patología celular.

Las enfermedades congénitas son nada más

que reflejos de la posición funesta a la que nos hemos encaminado en el pasado próximo, reflejos que nos demandan que nos internemos en la esfera física, en algunas ocasiones por períodos cortos, para el tratamiento de la desarmonía interior con la que nos comprometimos.

Surgen, empero, otros matices de los reflejos del pasado en la existencia del cuerpo. Las causas penosas de mutilaciones y enfermedades permanecen guardadas en la profundidad de nuestro campo espiritual, como las semillas de un hostil espinoso al que nosotros mismos hemos cultivado en el oscuro terreno de la culpa disimulada, y los remordimientos ocultos. Son plantaciones con plazo preestablecido, a las que la ley de acción y reacción gobierna vigilante, con seguridad y esmero.

Por eso, muchas veces, en consonancia con programas trazados con anterioridad a la cuna, según pautas en las que se conjuga la deuda con el rescate, la criatura humana recibe la visita de pruebas sorprendentes en plena prosperidad material, o de desastres fisiológicos de conmovedoras manifestaciones cuando más resplandeciente aparentaba ser su salud.

Sin embargo, es imperioso recordar que los reflejos generan reflejos, y que a cada pago se le conceden justos atenuantes, siempre que el deudor revela buena predisposición para saldar sus deudas.

La práctica del bien, simplemente, infatigablemente, puede llegar a modificar la ruta del destino,

pues el pensamiento lúcido y correcto ejerce una acción edificante que interfiere en las funciones celulares tanto como en los acontecimientos humanos, y atrae hacia nosotros - gracias a nuestro reflejo mejorado y ennoblecido - amparo, luz, apoyo, de acuerdo con la ley del auxilio.

SALUD

La salud puede compararse con una residencia, que denuncia las condiciones de su morador, o incluso con un instrumento, que reproduce en sí mismo el cuidado o la desidia de las manos que lo ejecutan.

La falta cometida produce en nuestra mente un estado de perturbación, al que no sólo confluyen las fuerzas desordenadas de nuestro arrepentimiento, sino también las ondas de pesar y acusación de la víctima sumadas a las de quienes se asocian a su sentimiento, que instaura desarmonías de considerables proporciones en los centros del alma, lo que repercutirá sobre nuestro equipamiento físico.

Un descontrol de esta índole presenta grados diferentes, y provoca lesiones funcionales diversas.

La cólera, la desesperación, la crueldad, tanto como la intemperancia, crean zonas mórbidas de naturaleza específica en el cosmos orgánico, e imponen a las células la distonía mediante la cual se anulan casi todos los recursos de defensa, en tanto que se abren surcos fértiles para el cultivo de microbios patógenos en los órganos cuya capacidad de resistencia disminuye.

De esta forma, la tuberculosis, el cáncer, la lepra o las ulceraciones, aparecen muchas veces como fenómenos secundarios, cuando la causa primera se halla en el desequilibrio de los reflejos de la vida interior.

Los síntomas mentales depresivos siempre influyen en las células en estado de mitosis, y establecen en ellas factores disgregantes.

Por otra parte, es importante reconocer que el relajamiento de la nutrición impone al cuerpo pesados tributos de sufrimiento.

Mientras estamos encarnados es natural que las vidas infinitesimales que constituyen nuestro vehículo de existencia, retraten las sustancias que ingerimos. En ese trabajo de permuta constante, recibimos una inmensa cantidad de bacterias patógenas, que instaladas cómodamente en el mundo celular pueden determinar problemas infecciosos de diversas características, que nos obligarán a cosechar, de retorno, los resultados de nuestra imprevisión.

Pero no sólo ahí, en el dominio de las causas visibles, se halla el origen de los procesos patológicos multiformes.

Nuestras emociones morbosas más profundas, cualesquiera sean, generan estados de enfermedad.

Los reflejos de los sentimientos poco dignos que alimentamos recaen sobre nosotros mismos, después de haberse convertido en ondas mentales, y

alteran el trabajo de las células nerviosas que, instaladas en la piel, en las vísceras, en la médula y en el tronco cerebral, desempeñan las más avanzadas funciones técnicas. Téngase en cuenta, además, que cuando esos reflejos desafortunados se esparcen sobre la corteza encefálica, producen alucinaciones que varían entre la fobia oculta y la locura manifiesta, por medio de las cuales los reflejos de aquellos compañeros - encarnados o desencarnados - que comulgan con nuestro modo de proceder y de ser, pueden llegar hasta nosotros con sugerencias destructivas directas o indirectas, y conducirnos a deplorables fenómenos de alineación mental, en la obsesión común, aun cuando en el juego de las apariencias podamos presentarnos como personas espiritualmente sanas.

No nos olvidemos, pues, que únicamente los sentimientos rectos pueden esbozar pensamientos rectos; si éstos faltan el alma se enferma, por carencia de equilibrio interior, y expresa a través del aparato somático los desvaríos y las perturbaciones consecuentes.

VOCACIÓN

La vocación es el conjunto de los reflejos de la experiencia que traemos de otras vidas.

Naturalmente, muchas veces somos principiantes en tal o cual sector donde nos desempeñamos, en relación con la evolución de las técnicas de trabajo que ineludiblemente nos demandan nuevas modalidades de acción; sin embargo, es común que retomemos en la cuna una senda que ya hemos recorrido, sea para dar continuidad a una determinada obra, o para rectificar nuestro camino.

En todos los casos, el título profesional constituye una carta de crédito para la creación de reflejos ennoblecedores.

El administrador, el juez, el profesor, el médico, el artista, el marinero y el operario, al igual que el labrador, están nítidamente representados en la parábola de los talentos, de la cual se valió el Divino Maestro para invitarnos a analizar nuestras responsabilidades en relación con los préstamos de la Bondad Infinita.

Cada espíritu recibe, cualquiera sea la posición en que se encuentre, una determinada cuota de recursos a fin de que contribuya a honrar y engrandecer la Obra Divina.

No obstante, en la mayoría de las circunstancias nos apoderamos en forma indebida de las concesiones del Señor, y hacemos uso de ellas en el juego lamentable de nuestras pasiones desenfrenadas, con el insensato propósito de anteponernos al mismo Dios.

De ahí proviene la cosecha de los amargos reflejos de nuestra conducta cuando el cuerpo terrestre se ha desgastado, y el doloroso constreñimiento a regresar a las dificultades propias de un nuevo comienzo, para lo cual el instituto de la reencarnación funciona con valores exactos.

Cada profesional tiene a su disposición diferentes opciones, en lo relativo a su desempeño. El juez que generó reflejos de crueldad por haber perseguido a inocentes, suele regresar al mismo tribunal donde ha ejercido sus brillantes funciones, con las lágrimas del reo condenado injustamente. Así sufrirá en su propio espíritu, y en su propia carne, las flagelaciones que impuso en un tiempo pasado a víctimas indefensas. El médico que empleó indebidamente las posibilidades que se le concedieron, retornará al hospital donde cometió abusos como un simple enfermero, obligado a severos sacrificios para ganarse el pan. El poderoso agricultor que dilapidó las energías de los colaboradores humildes que el Cielo le concedió para las faenas agrícolas, vendrá nuevamente al suelo que explotó con sentimientos viles, en la condición de un pobre trabajador, y tendrá que soportar las características del

mismo sistema con que él sofocó moralmente las esperanzas de los otros. Artistas notables, que transformaron la inteligencia en un camino de acceso a inconfesables excesos, reaparecen como anónimos aficionados al pincel o las candilejas, y deben padecer por largo tiempo insolubles dificultades, como trabajadores eficientes en la más baja jerarquía. Mujeres cuyos nombres distinguidos les conferían dignidad, que se entregaron a los vicios y la vida disipada despreocupadas de los elevados deberes que jalaban sus rutas, a menudo regresan a los hogares que deshonraron, para desempeñarse allí con la categoría de humildes servidoras, en un arduo aprendizaje que les faculta reconquistar los títulos venerables de esposas y madres...

Por lo general, quienes retornan con el fin de rescatar deudas se ven obligados a soportar omisiones, hostilidad, complicaciones y disgustos por donde quiera que pasen, y experimentan al mismo tiempo sublimes anhelos y frustraciones dolorosas, porque está implícito en la Ley que todos regresemos para cosechar los reflejos de nuestras acciones, implantados en el ánimo ajeno, para rectificar dentro de nosotros mismos el manantial de las emociones y las ideas, y adaptarnos a la corriente del bien, que fluye de Dios y a Dios vuelve, después de haber recorrido el Universo.

PROFESIÓN

Mediante los contactos profesionales, crea el hombre una amplia escuela de trabajo, con lo que favorece la construcción de la dignidad humana; empero, mediante la abnegación emite los reflejos de la belleza divina y abre senderos nuevos hacia el Reino Celestial.

La profesión ejercida con honestidad, aun dentro del régimen retributivo, inclina a los semejantes al culto del deber.

La abnegación, el sacrificio por la felicidad ajena, sublima al espíritu.

Es por eso que los pueblos experimentan la necesidad de erigir, en lo íntimo de su seno, un altar permanente donde rendir homenaje a los auténticos héroes.

La abnegación comienza donde termina el deber, y hace posible la repercusión de la Esfera Superior sobre el campo de la Humanidad.

El delincuente común encadenado en una cárcel, inspira piedad y sufrimiento. El paladín de una causa noble injustamente recluido en ese mismo lugar, despierta respeto e imitación.

El administrador consciente y amistoso que reparte las utilidades del trabajo y gasta la parte que le corresponde con escrupulosa probidad, representa un modelo de virtudes terrenales. El hombre que ofrenda sudor y sangre en beneficio de todos, sin pensar en su conveniencia, es un apóstol de las virtudes celestiales.

Una nodriza debidamente remunerada por su trabajo relativo al bebé que recibe su cariño, es acreedora legítima de atenciones y reconocimiento; mas el corazón materno en constante renuncia, arrebatada a quien lo contempla hasta la gloria del amor puro.

Del mismo modo, el matemático laureado por la consideración pública, y dignamente gratificado debido a la obra que realiza, es catalogado como científico; mientras que el científico que se sumerge en el trabajo incesante para garantizar la tranquilidad y seguridad de la civilización, con olvido de sí mismo, es calificado de benefactor.

Cuando desempeña fielmente sus obligaciones, el hombre acrecienta sus cualidades morales; cuando el hombre moralizado ejemplifica la abnegación, el ángel se aproxima a él, en beneficio del perfeccionamiento de la vida y del mundo.

Precisamente, al desarrollar esas actividades que trascienden el marco de los servicios rentados de la Tierra, actividades que son fruto de las almas que han superado el impulso de preservación de la propia comodidad, descienden hasta los hombres los reflejos mentales de las Inteligencias Celestiales, que obran enroladas por el amor en las filas

de la beneficencia anónima, y allí encontramos los brazos eternos del Divino Incognoscible: Dios.

No obstante, en la provincia moral de la devoción sin límites, donde descubrimos a los corazones humanos consagrados al servicio espontáneo del bien, no siempre respira el genio, agobiado algunas veces por la angustia proveniente de la suma de los reflejos desastrosos que acarrea desde el pasado distante. Pero sí, fácilmente, identificamos en ella a los altos dignatarios sacerdotales de todas las religiones, a los admirables artistas de todas las patrias, a los nobles inventores de todas las regiones, a los artífices iluminados de todos los pueblos, y a las abnegadas madres tantas veces olvidadas y sufrientes, de todas las latitudes. A través de ellos la Espiritualidad Superior desciende gradualmente a la esfera humana, prescindiendo por completo de la retribución de la popularidad o del oro, y entonces, con el absoluto desprendimiento de sí misma en auxilio a los otros, el alma vive el apostolado sublime de la renuncia santificante, que atrae el Pensamiento Divino en bien del perfeccionamiento y la elevación de la Humanidad.

SOCIEDAD

La sociedad humana puede ser comparada con un inmenso bosque de creaciones mentales, donde cada uno de los espíritus en proceso evolutivo y de depuración, encuentra sus propios reflejos.

Los principios de acción y reacción funcionan en ella con exactitud.

Las patrias son enormes matrices del progreso, constituyen notables ejes de apoyo de la civilización y significativos reductos de trabajo, donde los multitudinarios grupos de almas están atareados con el servicio de la auto-educación, mediante el servicio a la comunidad; muchas veces, los grupos emigran de un país a otro, si necesitan concretar tal o cual adquisición en las filas de la experiencia.

El hogar colectivo, que delimita las afinidades raciales y los intereses de clanes, está constituido por el conjunto de las emociones y los pensamientos de quienes lo pueblan. Dentro de las fronteras vibratorias que trazan sus límites, por medio de los breves aprendizajes "**cuna-tumba**" denominados **existencias terrestres**, el alma se transfiere de una posición a otra, de conformidad, por un lado, con los reflejos que haya irradiado y, por el otro, con los

que haya asimilado del ambiente donde cumplió su ejercitación.

La época de hacer un balance de los valores conquistados llega en el momento en que la muerte física determina la extinción de la fuerza vital corpórea, fuerza vital que ha sido concedida como préstamo al espíritu, para la excursión en la esfera de la carne cuya finalidad es el desarrollo y el servicio, con el propósito de reparar y elevarse. Entonces cosechamos los resultados de nuestra conducta, y con frecuencia nos es preciso volver a comenzar el trabajo para regenerar actitudes y purificar sentimientos, en el proceso de reconstrucción de nuestros destinos.

De tal modo, los corazones que hoy oprimen al prójimo, privilegiados de una categoría social en la que se escudan por la ilusoria supremacía del oro, regresan mañana torturados al terreno de la carencia y el infortunio, para recoger los impactos directos de los rayos del sufrimiento que sembraron en el suelo de las necesidades ajenas. Dado el caso que las víctimas y los verdugos no supieran ejercer con generosidad el perdón recíproco, nos encontraremos en el mundo social con un verdadero círculo vicioso, en el que se entrechocan constantemente las ondas de la venganza, del odio, de la discordia y del crimen, que consolidan un clima favorecedor de los procesos delictivos.

Las sociedades que ayer han esclavizado brazos humanos, hoy están obligadas a acariciar como hijos de su propio seno, a aquellos a los que despo-

jaron de la tierra que representaba su escalón evolutivo. Las hordas invasoras que arrasan los campos de pueblos humildes e indefensos, renacen luego en medio de ellos como brotes del suelo conquistado, para garantizar la reorganización de las mismas instituciones que atacaron y devastaron.

Los miembros de agrupaciones segregacionistas, que humillan a sus hermanos de color, vuelven con la pigmentación que detestan y reciben así la recompensa merecida por sus obras. Ciudadanos aristócratas, insensibles a los problemas de la clase sumergida, después que han respirado el confort de las avenidas suntuosas suelen renacer en barrios atormentadores y anónimos, donde obligatoriamente beben en el cáliz de la miseria, los reflejos de la crueldad irresponsable que dispensaron otrora al dolor y las dificultades de los hijos del sufrimiento.

En todas las épocas, la sociedad humana se erige como el filtro gigantesco del espíritu, y dentro de ella las almas tejen los lazos de la experiencia, en la abundancia o en la pobreza, en cargos directivos o en puestos subalternos, y recogen los frutos de lo que han plantado, con marcha lenta al atravesar la planicie, o con pasos acelerados en dirección a la cima de la vida, cuando obedecen los dictámenes de la evolución.

PROSPERIDAD

Prosperidad, en la Tierra, es sinónimo de fortuna, de felicidad.

Una gran cantidad de las criaturas humanas que ambicionan la prosperidad, disputan por el realce personal, la autoridad, el predominio...

Se invierten abundantes patrimonios de la existencia para conquistar el prestigio que ella confiere, y no falta en la contienda quien aparezca dedicado al estudio de las fuerzas ocultas para incorporar su influjo a los resultados.

Millones de hombres viven actualmente en procura de oro y preponderancia, con el mismo empeño con que antiguamente, en aprendizajes más simples, se entregaban a los primitivos menesteres de la caza y la pesca.

Esto se debe a que en busca de determinados valores de la vida, ponemos en acción la energía mental, portadora de nuestras emociones y deseos.

El espejo del corazón, si está constantemente enfocado en el rumbo de los objetos y situaciones que buscamos, acerca a nuestra ruta los elementos que ocupan nuestra alma.

No olvidemos, sin embargo, que en la laboriosa jornada hacia la Gloria Divina, nos mezclamos

siempre con lo que atrae nuestra atención, y nos detenemos en tal o cual sector de lucha, conforme con la extensión y duración de nuestros propósitos.

Igual que en una película cinematográfica, en la que la historia narrada está compuesta por los cuadros que se suceden sin interrupción, la experiencia que nos es peculiar en cierta fase de la vida, está constituida por los reflejos reiterados de nuestros sentimientos. Dichos reflejos generan ideas continuas que terminan por plasmar los temas de nuestra lucha, a los que se asocia nuestra mente para identificarse de un modo casi absoluto con sus propias creaciones, así como la tortuga se aísla y se refugia dentro del caparazón al que ella misma dio forma.

A raíz de esto, el concepto de prosperidad en el mundo es siempre discutible, porque no todos saben poseer, elevarse o comandar, en el sentido de los sagrados objetivos de la Creación.

Por medio de la reflexión mental incesante en torno de los recursos convertidos en moneda, muchos progresan en títulos materiales; empero, por no convertirlos en factores de enriquecimiento general, cavan abismos dorados en los cuales se introducen, y emplean más tarde un prolongado lapso para liberarse de la pátina de la usura. Forman legiones las personas que dañan el suelo de la vida con sus anhelos reiterados de relieve individual, que adquieren un vasto renombre en la ciencia, en la religión, en las letras o en las artes; no obstante, si no impulsan sus conquistas hacia el amparo y la educación de sus compañeros de la senda humana,

casi siempre, a pesar de que fulguren en las galerías de la genialidad, sufren el retorno de las ondas mentales de extravagancia que emiten, y caen en peligrosos laberintos para depuración.

Por eso, la prosperidad es a menudo aparente, más deplorable que la miseria material en sí misma, porque la mesa vacía y la hornalla sin fuego pueden ser caminos de loable reparación, mientras que el banquete opíparo y la bolsa repleta, en muchas ocasiones solamente significan licenciosas avenidas, que corren en dirección al precipicio de la culpa, de donde únicamente conseguimos salir al precio de prolongados aprendizajes en la perturbación y la sombra.

Muchos son los creyentes que se preguntan por qué motivo Dios protege, aparentemente, el progreso material de los impíos. En realidad, semejante fortuna no existe, porque la prosperidad que crece apartada de la conducta recta no es más que una apropiación indebida, comparable a la ropa ostentosa que oculta llagas, y demanda la formación de reflejos contrapuestos a los engaños que la han originado, a fin de que la legítima prosperidad, puesta de manifiesto en el servicio al bien común y la cultura, al amor y la rectitud, confiera al espíritu el reflejo predominante de la luz.

HÁBITO

El hábito es una estela de reflejos mentales acumulados, que produce una constante inducción hacia la rutina.

Herederos de milenios empleados en la recapitulación de numerosas experiencias análogas entre sí, hemos vivido hasta ahora como embarcaciones abandonadas al capricho de la corriente, en el río de los hábitos a los cuales nos adaptamos sin ofrecer resistencia.

Con naturales excepciones, todos adquirimos la costumbre de ingerir los pensamientos ajenos mediante la reflexión automática, y debido a esto exageramos nuestras necesidades, y nos apartamos de la simplicidad con la cual nos sería fácil edificar una vida mejor. Así formamos en torno de ellas un sistema defensivo basado en la crueldad, con el que herimos al prójimo y nos mortificamos, consecuentemente, a nosotros mismos.

Estructuramos de tal manera un complicado mecanismo de cautela y desconfianza, más allá de las justas prevenciones, y conservamos con apasionado énfasis el instinto de posesión. Con el instinto de posesión generamos los reflejos del

egoísmo, del orgullo, de la vanidad y el miedo. Así en vano tratamos de huir de las Leyes Divinas, y caminamos, en la mayoría de las circunstancias, como operarios distraídos e infieles, que desertan de la maquinaria preciosa en la que deben servir gloriosamente, para caer sofocados e inquietos entre sus propios engranajes.

Dentro de ese círculo vicioso vive la generalidad de las criaturas humanas, dominadas por la ignorancia que alimentan cuando procuran engañarse luego de pasar por la cuna, para salir del engaño después de la tumba, aprisionadas por el binomio ilusión-desilusión, con el cual dilapidan largos siglos, en emprender y volver a emprender la marcha por la senda en la que les corresponde avanzar.

Sin embargo, no es lícito despreciar la rutina constructiva. A ella se debe que el ser se enaltezca en el seno del espacio y del tiempo, a medida que conquista los recursos que ennoblecen su vida.

La evolución, no obstante, nos impone la creación de nuevas costumbres, a fin de que nos despojemos de las fórmulas inferiores, acercándonos a ciclos más elevados de la existencia.

Por eso vemos en Cristo - el divino marco para la renovación humana - un completo programa de sustanciales transformaciones para el espíritu. Sin violencia, cambia las pautas de la **moda moral** en la que la Tierra vivía hace muchos milenios. En oposición al uso de la condena metódica ofrece la práctica del perdón; a la tradición de la raza opone el fundamento de la fraternidad legítima; en lugar

de entregarse a la tristeza y el desánimo en las horas difíciles, trae la noción de las bienaventuranzas eternas a los afligidos que saben esperar, y a los justos que saben sufrir.

El tránsito del Señor entre los hombres en toda su extensión - a partir del Pesebre que establece el hábito de la simplicidad, hasta la Cruz afrentosa que crea el hábito de la serenidad y la paciencia con la certeza de la resurrección para la vida eterna; el apostolado de Jesús, en suma -, es un resplandeciente conjunto de reflejos del camino celestial, en aras de la redención del camino humano.

Hasta ahora, en el mundo, nuestra justicia tiene la apariencia de venganza, y nuestro amor lleva el sabor del egoísmo, por el reflejo condicionado de las actitudes no pensadas, en los milenios que preceden a nuestro "hoy". Empero, no podemos ignorar que solamente si adoptamos una conducta bondadosa y comprensiva, junto con la obligación de educarnos y el deber de servir, como hábitos automáticos de los cimientos de cada día, y si además colaboramos para la seguridad y la felicidad de todos aun a costa de nuestro sacrificio, habremos de reflejar en nosotros la verdadera felicidad, porque estaremos nutriéndonos del verdadero bien.

DEBER

El deber define la sumisión que nos corresponde practicar, en relación con ciertos principios establecidos como leyes por la Sabiduría Divina, una vez determinado como objetivo el desarrollo de nuestras facultades.

Para vivir con seguridad nadie puede despreciar la disciplina.

Obedecen las partículas elementales en el mundo atómico; obedece la constelación en la gloria de la Inmensidad.

El hombre viajará por el firmamento a grandes distancias del hogar al cual está vinculado su cuerpo físico; no obstante, no logrará hacerlo sin la obediencia a los principios que rigen los movimientos de la máquina que lo transporta.

Se puede representar el deber como un sector de acción dentro del bien, que el Supremo Señor delega a nuestra responsabilidad, a fin de que sustentemos el orden y la evolución en Su Obra Divina, mientras vamos en busca de nuestro propio perfeccionamiento.

Cada conciencia incentivada por el sol de la razón, debe ser considerada, pues, un rayo dentro

de la esfera de la vida, que evoluciona desde la superficie hacia el centro y al cual le compete la obligación de respetar, promover, facilitar, nutrir al bien común; actitud espontánea que le valdrá el auxilio espontáneo de todos los que recogen su simpatía y cooperación. De ese modo cada espíritu plasma los reflejos de su individualidad por donde quiera que pase, y se hace receptivo a los reflejos de mentes con mayor elevación, que lo impulsan a contemplar cada vez más dilatados horizontes de progreso, como también a la adecuada asimilación de valores superiores de la vida.

Mediante el cumplimiento del deber - región moral de servicio en la que somos constantemente alertados por la conciencia -, exteriorizamos nuestra mejor parte, y recogemos la mejor parte de los otros.

Sucede, sin embargo, que muchas veces creamos perturbaciones en el tipo de actividades que el Señor nos confía, y no solamente desarticulamos la pieza de nuestra existencia, sino también causamos desorden en existencias ajenas, desajustando otras muchas piezas en la máquina del destino.

Entonces aparece para nosotros la inexorable compulsión hacia la lucha mayor, lucha a la que podemos llamar deber-regeneración, que nos induce a producir reflejos por completo renovadores de nuestra individualidad, en relación con quienes se han hecho acreedores de nuestras cuotas de sacrificio.

A ello se debe que recibamos por imposición de las circunstancias a la esposa comprensiva, al esposo colérico, al hijo enfermo, al jefe agresivo, al subalterno desventurado, al malestar pertinaz, o la tarea obligatoria en beneficio de los otros, como terreno espiritual para el esfuerzo intensivo a favor de nuestra propia recuperación.

De nada vale desertar del campo de las arduas obligaciones, en el que nos vemos sitiados por la fuerza de los acontecimientos propios del camino; en la intimidad de la conciencia, aun cuando la opinión ajena nos libere de tal o cual tributo de dedicación y renuncia, la razón nos ordena que nos mantengamos como centinelas en la obra de paciencia y tolerancia, humildad y amor, a la que desde nuestro interior fuimos convocados a atender. De no proceder así, a pesar de la apariencia legal de nuestro alejamiento de la lucha, somos irresistiblemente oprimidos por veladas sensaciones de disgusto ocasionadas por nuestra debilidad, que comienzan por ligeras irritaciones o mínimos desalientos, hasta que inscriben a nuestro espíritu en los institutos de la enfermedad, o en la fosa de la frustración.

CULPA

Al huir del deber nos precipitamos en el sentimiento de culpa, del cual se origina el remordimiento, que con sus múltiples manifestaciones inserta brechas de sombra en los tejidos sutiles de nuestra alma.

Por otra parte, el arrepentimiento sin cesar fortalecido por los reflejos del recuerdo amargo, se transforma en un absceso mental que nos envenena poco a poco, y expulsa a su alrededor la corriente impregnada con los miasmas de nuestra vida íntima, que intoxica la respiración espiritual de quien convive con nosotros.

Igual que el imán, que posee un campo magnético específico, cada criatura es portadora de un halo o aura de fuerzas creadoras o destructivas, que determinan su índole según el haz de rayos invisibles que lanza de sí misma. Es por medio de ese halo que establecemos lazos de naturaleza invisible, dentro de los dominios de la afinidad.

Debido a que la onda mental actúa en régimen de circuito, por medio de ella incorporamos, cuando estamos moralmente desalentados, los principios corrosivos que emanan de todas las intelligen-

cias encarnadas o no encarnadas que se conectan con nosotros, en el ámbito de nuestra actividad e influencia.

Mientras proyectamos las energías dilacerantes de nuestro disgusto, a consecuencia de la culpa adquirida, casi siempre somos sorpresivamente visitados por una **silenciosa argumentación** interior que convierte el pesar inicialmente alimentado contra nosotros mismos, en disgusto e irritación contra los otros.

Esto se debe a que los reflejos de la falta que hemos cometido, arremolinados a nuestro alrededor, asimilan de inmediato las indisposiciones ajenas y trasladan hacia la acústica de nuestra alma todos los mensajes inarticulados de rebeldía, desánimo, angustia o desesperación, que deambulan en la atmósfera psíquica en la que respiramos. Así es como llegamos a transformarnos en auténticos insubordinados sociales, ávidos de aislamiento, o de escándalos para alimento de la imaginación, que ha sido contagiada por las morbosas sensaciones de nuestras propias culpas.

En ese estado negativo, atormentados por las vibraciones de sentimientos y pensamientos enfermizos, desembocamos en el desequilibrio parcial o total del organismo, porque cuerpo y alma han quedado enredados en las tramas de una enfermedad cuyo diagnóstico es de los más complicados, en el terreno de la patología clásica. La noción de culpa, con su consecuente séquito de perturbaciones, actuará a través de reflejos incesantes so-

bre la región del cuerpo o del alma que tenga correspondencia con el motivo del remordimiento que nos aqueja. La deserción del deber a cumplir acarrea el arrepentimiento, y éste, alentado por el espíritu, se hace acompañar de consecuencias atroces, que exigen en algunas ocasiones prolongadas existencias dedicadas a un nuevo aprendizaje, con vistas a la restauración.

Cuando se ha caído en la culpa es ineludible recurrir a la puesta en práctica de la humildad, para restablecer tan pronto como sea posible nuestro equilibrio vibratorio, si no deseamos ingresar en la inquietante escuela de las prolongadas reparaciones.

Por eso mismo Jesús, no sólo como Maestro Divino sino también como Médico Sabio, nos recomendó la reconciliación con nuestros adversarios mientras nos hallamos en el camino con ellos, y nos enseñó así que la verdadera felicidad tiene por base el amor puro y el perdón sin límites.

AUXILIO

Auxiliar espontáneamente es reflejar la Vida Divina por intermedio de la vida de nuestro "yo", que se amplía y crece a medida que nos desdoblamos en el impulso de prestar auxilio.

La Eterna Providencia es la reserva del Amor Infinito, en ofrenda constante, que requiere para distribuirlo canales de expresión a los cuales proporciona con matemática exactitud.

Es necesario, sin embargo, que nos instalemos como vigías en nuestro propio granero, a fin de que no obstaculicemos la **eterna donación de Nuestro Padre**, cediendo sin cesar los bienes con que Él nos enriquece.

Quien observa los principios de la electricidad, no ignora que el flujo permanente de la energía, para la obtención de los beneficios que ella produce, demanda un circuito completo. Si no hubiese polos positivos y polos negativos, no tendríamos del favor de la luz ni del movimiento.

Quien conoce el manantial, sabe que para mantenerse pura el agua necesita escurrirse libremente.

La obstrucción, por eso mismo, equivale a estancamiento, a enfermedad.

La ley del auxilio admite solicitudes, pero simultáneamente establece la expansión del solicitante, para que no resulte perjudicado por la ayuda.

La sangre que no circula genera la gangrena, evidencia de un estado cadavérico dentro del cuerpo vivo.

El hombre que sabe administrar abundantes bienes reunidos y construir con ellos una base para el trabajo y la educación de muchos, es semejante a una represa en litigio dentro del campo social, es un misionero del progreso a quien las leyes de la vida nutren de esperanza, salud, seguridad, alegría; mientras tanto, el depositario de abundantes bienes que no rinden provecho a la comunidad, es como un precipicio sombrío a la orilla del camino, un desdichado usurero a quien las leyes de la vida envuelven en angustia, miedo, aislamiento, frialdad.

El amparo que recogemos guarda relación directa con el amparo que dispensamos, asimismo el amparo que dispensamos está invariablemente seguido por amplios incrementos en su potencia, en la hipótesis de que nos tornemos cada vez más útiles.

Recordemos que reflejar las bendiciones de Dios en el socorro espontáneo al prójimo, evitando que el tambor de la vanidad estimule nuestro personalismo, significa atraer los reflejos de Dios hacia aquellos que nos rodean, que igualmente en silencio vienen a nuestro encuentro y nos prestan asistencia efectiva.

Ayudar con el sentimiento, con la idea, con la palabra y con la acción, ayudar a todos y mejorar

siempre, en eso consiste invocar a nuestro favor el apoyo integral de la vida.

No nos olvidemos, pues, que el auxilio que prestamos a nuestros semejantes, cuando no exigimos ni esperamos retribución, constituye nuestro ruego silencioso al Socorro Divino, y en respuesta Él invariablemente nos concede la luz de la cooperación más un beneficio suplementario.

HUMILDAD

La humildad, fuerza divina, se refleja luminosa en los dominios de la Naturaleza, que expresan en forma efectiva el Reinado de Dios al patrocinar el progreso y la renovación.

Con magnificencia el Sol besa día tras día la faz del pantano, sin protestar por el insulto del lodo; la flor, sin alardes, alaba la gloria del cielo. Filtrada en la aspereza de la roca, el agua se revela más pura; a continuación de las grandes calamidades, el manto de la hierba cubre el campo a fin de que el hombre recomience la faena.

Por carecer de humildad, cualidad que en el fondo es el reconocimiento de nuestra pequeñez en relación con el Universo, surgen en el alma humana enfermizos quistes de sentimientos, como el orgullo, la codicia, el egoísmo o la vanidad, responsables en todas partes de la discordia y la delincuencia.

Si le falta el reflejo de la humildad, atributo de Dios en el reino del "yo", la criatura humana se siente propietaria exclusiva de los bienes que la rodean, despreocupada de su condición real de espíritu en tránsito por las sendas evolutivas, y se apodera de la existencia en sentido personal, para

convertir a su alma en una ciudadela de ilusión, dentro de la cual rehúsa el contacto con las realidades fundamentales de la vida.

Fascinada por semejante negatividad, descarga látigos de rebeldía en contra de aquellos que intenten predisponer a su espíritu al aprovechamiento de las horas, porque ajena al clima de la humildad, no puede desembarazarse de la trama sombría a la que todavía está vinculada, en el ámbito de la animalidad que hemos dejado atrás cuando recibimos la aureola de la razón.

Dominada por el deseo de posesión exclusivista, el alma da fácil asilo a la desesperación y los celos, al despecho, al despotismo, que generan la tensión psíquica de la cual derivan peligrosos síndromes en la vida orgánica. La sintomatología incluye la depresión nerviosa, el desequilibrio emotivo, las ulceraciones, la disfunción celular, para no referirnos a los deplorables sucesos de la experiencia cotidiana, en los que la ausencia de humildad comanda el incentivo a la locura en los más dolorosos conflictos pasionales.

Quien reproduce en sí los laureles de esa virtud casi desconocida que es la humildad, acepta sin coacciones la obligación de trabajar y servir en beneficio de todos, y asimila en consecuencia la bendición del equilibrio, concretando la manifestación de las Leyes Divinas que jamás hacen ostentación de sus dádivas.

Humildad no es servidumbre. Es, sobre todo, independencia, libertad interior que nace en las

profundidades del espíritu y que favorece su permanente renovación en el sentido del bien.

Cultivar la humildad es ir hacia delante sin lastres, es proyectar lo mejor de sí mismo sobre los caminos del mundo, es olvidar el mal y volver a comenzar con alegría la tarea del amor, cada día.

Para reflejarla desde el Cielo en dirección a la Tierra, como testimonio de redención y belleza, Cristo, el Enviado de Dios, nació entre la paja del Pesebre y se despidió de los hombres en los brazos de la Cruz.

TOLERANCIA

La tolerancia vive en la base del progreso efectivo.

Las piezas de cualquier máquina se sustentan las unas a las otras para que surja esa o aquella producción de beneficios determinados.

Las bendiciones de la Naturaleza constituyen una extensa secuencia de manifestaciones de esta bendita virtud, inspirada por la verdadera fraternidad.

Tolerancia, empero, no es un concepto superficial.

Es el reflejo vivo de la comprensión; nace límpida en la fuente del alma, y plasma la esperanza con el completo olvido del mal.

Pedir que los otros piensen con nuestra cabeza sería exigir que el mundo se adapte a nuestros caprichos, cuando es nuestra obligación adaptarnos con dignidad al mundo, con la firme disposición de ayudarlo.

La Providencia Divina refleja en todas partes la tolerancia sabia y activa.

Dios no reclama a la semilla la producción inmediata de la especie a la cual pertenece. Le da

tiempo para germinar, crecer, florecer y fructificar. No solicita al riacho que se integre de improviso con el mar que lo espera. Le brinda caminos en el suelo y le ofrece el tiempo necesario para completar su marcha.

Así también, de un alma hacia otra alma, es imperioso que no adoptemos actitud alguna de violencia.

La brutalidad del hombre impulsivo y la irritación del enfermo mal educado, tanto como la garra del animal y la espina de la rosa, representan los indicios naturales de la condición evolutiva en que se encuentran.

Oponer odio al odio es efectuar la destrucción.

El autor de una injuria invoca el mal para sí mismo. De modo que el mal, en realidad, sólo es mal para quien lo practica. Responder a él con base en la incoherencia con que se expresa, significa asimilar su veneno.

Es imprescindible que tratemos a la ignorancia con el cariño medicinal que dispensamos al cuidado de una llaga, porque golpear sobre la herida despiadadamente será lo mismo que convertir la molestia curable en una lesión sin remedio.

La tolerancia por eso consiste, sobre todo, en el completo olvido de cualquier mal con servicio incesante al bien.

Aquel que con los labios repite palabras de perdón, de manera constante, demuestra que alimenta la voluptuosidad del disgusto al cual se adapta, y pierde el tiempo.

Perdonar es olvidar la sombra, en busca de la luz.

No es ponerse de rodillas ni escalar categorías de falsa superioridad teatralizando los impulsos del corazón, sino persistir en el trabajo renovador para crear el bien y la armonía, por medio de los cuales aquellos que no nos entienden en un momento dado, lleguen a observarnos con diferente enfoque y comprendan el idioma sin palabras de nuestro ejemplo.

Nos ofrece Cristo el modelo de la tolerancia ideal cuando regresa de la tumba al encuentro con los aprendices sorprendidos: lejos de aludir a la deserción de Pedro o a la debilidad de Judas, para decir con la boca que los disculpaba, se refiere al servicio redentor, y los induce a volver a empezar el apostolado del bien eterno.

Tolerar es reflejar la comprensión fraterna, y el perdón siempre será una profilaxis segura, que habrá de garantizar donde quiera que se encuentre, salud, paz, renovación y seguridad.

ORACIÓN

La oración es el divino movimiento del espejo de nuestra alma rumbo a la Esfera Superior, para reflejar su grandeza.

Nos referimos aquí al llamado fervoroso del espíritu a las Potencias Celestes, ya sea vestido con la fórmula verbal o absolutamente despojado de ella en el silencioso mensaje de la vibración.

Imaginemos la faz de un espejo orientada hacia el Sol, para desviar su fulgor en dirección a un abismo.

Ésta es en esencia la función de la oración; ir en busca del Amor Divino para concentrar su claridad sobre los valles de la ignorancia, del sufrimiento, de la miseria y del odio que todavía se esparcen por el mundo.

Con una graduación que varía desde el simple deseo, exteriorizado por el más ínfimo de los seres, hasta la exaltación divina de los ángeles, nada se hace en la Tierra sin el impulso del anhelo, que orienta la marcha de todo lo creado.

En el cuerpo ciclópeo del Planeta, oración es el movimiento que lo mantiene dentro de la trama cósmica; en el océano es el fenómeno de las mareas,

por el cual las aguas aspiran al gran equilibrio. En las plantas es el llamado fototropismo positivo, es decir el anhelo por el cual el vegetal se yergue hacia la luz e incorpora sus principios; en el animal es el instinto de curiosidad y de indagación, que cimienta las primeras conquistas de la inteligencia, tanto como en el hombre común es la concentración natural, antes de concretar algo en el camino humano.

El profesor que planifica la enseñanza tanto como el médico absorto en el estudio para hallar la cura de una determinada enfermedad, o el administrador que programa la ejecución de ese o de aquel servicio, o el ingeniero que se aplica con ahínco a confeccionar el plano de una determinada obra, usan los procesos de la oración cuando reflejan en sus respectivas mentes los propósitos de la educación y de la ciencia de curar, de la legislación y el progreso, que fluyen del plano invisible como imágenes abstractas antes de revelarse sustancialmente al mundo.

Orar es identificarse con la fuente de máximo poder del Universo, es absorber sus reservas y retratar las leyes de la renovación permanente, que gobiernan los fundamentos de la vida.

La oración estimula las recónditas energías del corazón, y las libera con las imágenes de nuestro deseo, por intermedio de la fuerza viva y modeladora del pensamiento. Dichas imágenes, cuando ascienden a las Esferas Superiores, se ponen en contacto con las inteligencias visibles o invisibles

que nos rodean, a través de las cuales habitualmente recibimos las respuestas del Plano Divino, porque el Padre Todobondadoso se manifiesta también por medio de los hijos que se convierten en buenos.

La voluntad que ora hace vibrar al corazón sensible y produce reflejos luminosos a través de los cuales el espíritu recoge, en silencio, bajo la forma de inspiración y consuelo, el influjo de los Mensajeros Divinos que presiden su territorio evolutivo. El propósito que lo guía es la renovación de sus emociones, de sus ideas, con lo que se perfecciona su existencia.

La plegaria es el más elevado sistema de intercambio entre la Tierra y el Cielo, y la tenemos a nuestra disposición.

Por el divino circuito de la plegaria, la criatura solicita el amparo del Creador y el Creador responde a la criatura a través del principio ineludible de la reflexión espiritual. Por medio de dicho mecanismo le tiende sus Brazos Eternos, para que se eleve desde los valles de la vida fragmentaria hasta las cimas de la Vida Victoriosa.

OBSESIÓN

Si se considera a la mediumnidad como sintonía, la obsesión es el equilibrio de fuerzas inferiores que se retratan entre sí.

Este fenómeno de reflexión pura y simple, no ocurre tan sólo a partir de los llamados **muertos** en dirección a las llamados **vivos**, ya que en esencia, muchas veces aparece entre los propios espíritus encarnados, que se subyugan recíprocamente por medio de los hilos invisibles de la sugestión.

Una mente que se dirige a otra mente crea imágenes para hacerse notar y ser comprendida. Prescinde de la palabra y de la acción para insinuarse, pues cuando ha generado ambiente propicio para la repetición alcanza el objetivo que busca, y se proyecta entonces sobre aquella mente a la cual trata de influir. Y si la mente observada sintonizara con la onda creadora lanzada sobre ella, se inicia un circuito activo de energía, en el cual la palabra y la acción son las encargadas de consolidar la correspondencia. Proceden entonces a cerrar el círculo de encantamiento, y dentro de él, el obsesor y el obseso viven mientras actúan y reaccionan el uno sobre el otro.

No existe la obsesión unilateral. Los acontecimientos de esta especie se nutren a base de un intercambio más o menos completo. Cuanto mayor sustento tengan las imágenes inferiores dirigidas desde un Espíritu hacia el otro, dentro de un régimen de permuta constante, tanto más profundo será el poder de la obsesión, pues de tal modo se apartan de la realidad objetiva en dirección al circuito sombrío donde se entregan a la mutua fascinación.

Algo similar se verifica con la piedra cuando es sometida al proceso de grabado: cuanto más se repite el paso del buril, más profundo es el surco destinado a perpetuar los detalles de la imagen.

También recordemos el disco común, en cuyas concavidades sutiles quedan fijados los sonidos para repetirlos según nuestra voluntad. La mente que padece un proceso de obsesión es comparable a la chapa de ebonita, porque archiva órdenes y avisos del obsesor - especialmente durante el sueño habitual, cuando liberamos a nuestros reflejos del control del umbral de la conciencia -, órdenes y avisos a los que la persona asediada responde en forma casi automática, igual que el sujeto pasivo de la experiencia magnética en el cumplimiento de sugerencias post-hipnóticas.

Cuanto más nos rendimos a una determinada idea, en lo íntimo de nuestro ser, con mayor fuerza nos convertimos a ella y expresamos sus designios.

Es así que se producen extraños desequilibrios que en muchas circunstancias se concretan en

malestares y desaliento, aflicción o incluso locura, cuando no plasman la crueldad y la muerte.

La obsesión comienza con un esbozo vago del pensamiento ajeno que nos visita subrepticamente. Hoy es un punto de sombra que mañana se ha convertido en una línea definida, para después transformarse en una escena vigorosa de la cual asimilamos sugerencias improcedentes que nos aprisionan en remolinos de tinieblas.

Urge que aprendamos a huir con valentía de los engaños de la inactividad, porque el espejo ocioso de nuestra vida librada a las sombras, puede ser arrastrado al vicio durante un largo tiempo, y retenido allí por las fuerzas del mal, que a la manera de parásitos infiltrados en nuestra mente, propagan en dirección a los otros las tramas infernales de la miseria y el crimen.

Dar nuevo alimento a la mente a través de un estudio que eleve, tanto como consagrarse en paz al servicio incesante, constituye la fórmula ideal para liberarse de toda clase de ataduras, pues si conquistamos bendiciones para el espíritu, y prestamos auxilio espontáneo a la vida que nos rodea, reflejaremos siempre a la Esfera Superior, y despojados por fin de la ceguera mental avanzaremos en dirección a la divina luz de la Divina Visión.

ENFERMEDAD

Nadie puede afirmar que las enfermedades, en rigor, están vinculadas a los procesos de elaboración de la vida mental, pero podemos garantizar que los procesos de elaboración de la vida mental tienen una efectiva influencia sobre las enfermedades.

Hay dolencias que sin dudas cumplen una función preponderante en los servicios de purificación del espíritu; surgen con la criatura en la cuna y la acompañan durante años en dirección a la tumba.

Las deficiencias congénitas, las mutilaciones imprevistas y las enfermedades de difícil curación, se catalogan indiscutiblemente en la tabla de las pruebas necesarias, así como ciertos medicamentos imprescindibles figuran en la ficha de atención a un enfermo. Sin embargo, los síntomas patológicos habituales, en una mayoría abrumadora, provienen de los reflejos inadecuados con que influye la mente sobre el vehículo de nuestras manifestaciones, produciendo desajustes en los implementos que lo componen.

Las emociones violentas sobre el cuerpo son equivalentes a martillazos sobre el engranaje de

una máquina sensible; las aflicciones prolongadas son como la herrumbre destructora que perjudica su funcionamiento.

La medicina sabe hoy que la tensión mental acarrea disturbios de importancia en el cuerpo físico.

Una vez que se ha establecido el conflicto espiritual, casi siempre las glándulas salivales paralizan sus secreciones, y el estómago, con espasmos, se niega a la producción del ácido clorhídrico, con lo que provoca perturbaciones digestivas que habrán de expresarse en la llamada colitis mucosa. Alcanzado este fenómeno primario, que muchas veces abre la puerta a terribles calamidades orgánicas, los desajustes gastrointestinales reiterados concluyen por arruinar los procesos de la nutrición, que afectan al estímulo y determinan la aparición de síntomas variados que van desde una leve irritación de la membrana gástrica, hasta la locura de complejo tratamiento.

El pensamiento ensombrecido enferma al cuerpo sano y agrava los males del cuerpo enfermo.

Si es aconsejable no envenenar el aparato fisiológico con la ingestión de sustancias que lo hagan prisionero del vicio, es imperioso evitar los desajustes del alma que le imponen desequilibrios afrentosos, como aquellos que son absorbidos en las decepciones y los sinsabores cuando son adoptados como flagelos constantes del campo íntimo.

Cultivar melindres y disgustos, irritación y amargura, equivale a sembrar espinos magnéticos

y abonarlos, en el terreno emotivo de nuestra existencia; es intoxicar por cuenta propia la contextura de la vestimenta corporal, corromper los centros de nuestra vida profunda y arrasar consecuentemente, la sangre, los nervios, las glándulas y las vísceras del cuerpo que la Divina Providencia nos concede entre los hombres, con vistas al desarrollo de nuestras facultades para la vida eterna.

Conservemos la comprensión, la paciencia, la bondad inalterable, la tolerancia constructiva a cada paso de la senda, porque solamente al precio de nuestra incesante renovación mental en el sentido del bien, con el apoyo del estudio noble y el servicio constante, traspondremos los dominios de la enfermedad y aprovecharemos los dones del Señor, evitando los reflejos letales que se hacen acompañar del suicidio indirecto.

MUERTE

Puesto que la mente es el espejo de la vida, podremos entender sin dificultades que al llegar la muerte, prevalecen en su faz las imágenes que nuestro deseo ha esculpido con mayor profundidad, a costa de la reflexión reiterada de modo intenso. Puesto que el pensamiento - plasma fluídico - conserva la precisa facultad de convertir en sustancia sus propias creaciones e imprimirles vitalidad y movimientos temporarios, la mayoría de las criaturas terrestres, en la transición del sepulcro, son naturalmente perseguidas por los cuadros creados por su propia imaginación, presa de fenómenos alucinadores. Lo mismo acontece en el sueño común, durante el cual en la generalidad de las circunstancias, la individualidad reencarnada en vez de retirarse del aparato físico, descansa conectada a él y sufre los reflejos de las sensaciones primarias a las que éste todavía está sometido.

Para adaptarse a la educación, los círculos de la existencia necesitan del hábito, porque todas las conquistas del espíritu se efectúan en base a lecciones recapituladas.

Los cursos son amplios sectores de trabajo específico que plasman, por medio de una prolon-

gada repercusión, los objetivos que les son peculiares en los alumnos que los componen.

Así el joven destinado a una cierta carrera, es sometido en los bancos escolares a determinadas disciplinas, incluida la experiencia anterior de los orientadores que han precedido sus pasos en la senda profesional escogida.

El futuro militar aprenderá desde temprano a manejar los instrumentos de la guerra, y rendirá culto a las instrucciones de los grandes jefes de la estrategia; y el médico del porvenir deberá repetir durante años sucesivos las enseñanzas y los experimentos de especialistas, antes de hacer el juramento hipocrático.

En las escuelas formativas vemos a profesores que adaptan a los niños, a los jóvenes y a los adultos, a los principios consagrados en esa o aquella rama del estudio, hasta forjar en ellos una personalidad particular para determinados fines, sustentada por la reflexión mental sistemática en forma de lecciones persistentes y progresivas.

Un diploma universitario es, en definitiva, el pergamino que confirma que se ha completado el tiempo de las recapitulaciones indispensables para que un aprendiz adquiera dominio, en un cierto campo del conocimiento, a los efectos de prestar servicio dentro de alguno de los sectores de la comunidad.

Según el mismo principio, la muerte nos confiere un certificado por las experiencias repetidas a las cuales nos hemos adaptado, debido a que cada espíritu se transforma en mayor o menor grado en

aquello que imagina. En definitiva, la muerte extrae la suma de nuestro contenido mental y nos obliga a vivir transitoriamente dentro de él. Si ese contenido es el bien, tendremos nuestra parcela de cielo en correspondencia con lo mejor de la construcción que hayamos hecho en nosotros; y si ese contenido es el mal, estaremos necesariamente detenidos en la parcela del infierno que corresponda a los males de los que somos autores, hasta que se extinga el infierno de las merecidas penas purgatorias que nosotros mismos hemos creado en la intimidad de nuestra conciencia.

La conducta que escapa a la ley del amor y el progreso, no tiene a la renovación ni a la sublimación como bases, por lo tanto, genera el enquistamiento mental que no es otra cosa que el producto de nuestros reflejos personales acumulados, que nada aportan a la circulación del bien común, y que dan vida a las ideas fijas en las que pasamos a respirar después de la tumba, como auténticos locos instalados a distancia de la realidad fundamental.

Por esta razón, **morir** significa penetrar más profundamente en nuestro mundo íntimo, y emplearemos largo tiempo para despojarnos de la túnica tejida con nuestros reflejos poco felices - transformados en una región alucinadora proveniente de nuestras sombrías ideas fijas -, o simplemente para transferirnos de plano, mediante el mejoramiento del clima de nuestros reflejos adaptados al bien, para avanzar en peldaños consecutivos hacia nuevos horizontes de ascensión y de luz.

AMOR

El amor puro es el reflejo del Creador en todas las criaturas.

Brilla en todo y en todo palpita con la misma vibración de sabiduría y belleza. Es el fundamento de la vida, es la justicia de la ley.

Surge sublime en el equilibrio de los mundos que se yerguen hacia la gloria de la inmensidad, también en las flores anónimas olvidadas en el campo.

En el amor puro fulgura, generosa, el alma de las religiones importantes que aparecen en la marcha de las civilizaciones como sistemas de fe, en procura de comunión con la Bondad Celeste, y en él está por completo enraizado el impulso de solidaridad entre los hombres.

Plasma divino con el que Dios envuelve todo lo creado, el amor es su propio hálito que penetra el Universo.

Lo vemos, pues, como la silenciosa esperanza del Cielo, que aguarda la evolución de todos los principios y respeta la decisión de todas las conciencias.

Merced a semejante bendición cada ser es protegido, cualquiera sea el peldaño de la vida en que se encuentre.

El Señor ama al gusano y le concede miles de siglos para levantarse de la viscosidad del abismo; por igual ama al Ángel, que lo representa tanto como el gusano. La savia que nutre a la rosa es la misma que alimenta al espino que hiere. En el árbol donde anida el pájaro indefenso puede guarecerse la serpiente con sus armas mortales. En el ámbito de una penitenciaría respiran con igual seguridad el criminal, que padece tras las rejas el sufrimiento, y el correcto administrador que garantiza el orden del lugar.

El amor, repetimos, es el reflejo de Dios, Nuestro Padre, que se compadece de todos y que a ninguno violenta, aunque en razón del mismo amor infinito con que nos ama, determine que siempre estemos bajo la ley de la responsabilidad, que se manifiesta para cada conciencia de acuerdo con sus propias obras.

Porque nos ama permite el Señor que recorramos, sin un plazo determinado, el camino de la ascensión hacia Él; y cuando accidentalmente nos consagramos al mal, nos concede toda la eternidad para reconciliarnos con el Bien, que es Su Regla Inmutable.

Somos sus herederos, rayos de Su Inteligencia Infinita, y por ser Él mismo el Amor de Toda la Creación, en todas las cosas y en todas partes, corresponde a la legislación que Él ha establecido, que cada espíritu refleje libremente aquello que más ama, y se transforme aquí y allí en la luz o en las tinieblas, en la alegría o el dolor al que se consagre

su corazón. Queda explícito por qué Jesús, el Modelo Divino que Él envió a la Tierra para iluminar nuestra senda, a cada paso de su Ministerio adoptó el amor del Padre para inspirar su vida, amó sin la preocupación de ser amado, brindó auxilio sin esperar recompensa.

Descendió a la esfera de los hombres por amor, se humilló por amor, ayudó y sufrió por amor, pasó por el mundo con el sentimiento elevado al Padre Excelso y reflejó Su Voluntad sabia y misericordiosa. Asimismo, para que la vida y el pensamiento de cada uno de nosotros retrataran sus huellas de luz, nos legó en nombre de Dios su fórmula inolvidable: "Amaos los unos a los otros como yo os amé".

